



Directorio

Psicomotricidad, Movimiento y Emoción

Director- Editor Honorario

Dr. Jaime Fausto Ayala Villarreal

Consejo de Redacción

<i>Redacción</i>	<i>Gráfico</i>
Concepción Rabadán Fernández María Esther Castillo Barnetche Mitzi Miriam León Calderón Ezequiel Martínez Martínez Santiago Padilla De Miguel Adriana Abgail Romero Hernández Gabriela Tercero Quintanilla	Jimena Ayala Rabadán Rut Ramírez Lara

Nacional

Dr. Javier Amado Lerma

Ciudad de México, Instituto Nacional de Psiquiatría

Mtro. Enrique Octavio Aragón Burgos.-
CIES

Dra. Thalia Attié Rohl

Ciudad de México, Independiente

Lic. Medicina Jimena Ayala Rabadán

Universidad La Salle

Mtra. Mariana Becerra Arzate

Ciudad de México, Independiente

Dra. Martha Patricia Bonilla Muñoz

Ciudad de México, Instituto Mexicano de Terapia Cognitivo-Conductual

Dra. María Esther Castillo Barnetche

Ciudad de México, Independiente

Dra. Rosa María Denis Rodríguez

Pachuca, Hidalgo. Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

Mtro. Armando Israel Escandón Muñoz

Taller Maladrón, CDMX

Mtro. Juan Francisco Garduño Aparicio

Ciudad de México, Independiente

Mtro. Nicolás Guzmán Nava

Ciudad de México, DIF Nacional

Mtro. Pedro Rafael Hernández Uzcanga

Ciudad México, Colegio Internacional de Educación Superior.

Mtra. Mitzi Miriam León Calderón

Ciudad de México, Independiente

Lic. Ezequiel Martínez Martínez

Ciudad de México, Independiente

Mtro. José Mendoza Landeros

Ciudad de México, Consejo Mexicano de Psicoanálisis y Psicoterapia

Mtro. Macario Molina Ramírez

Ciudad de México, Escuela Superior de Educación Física (ESEF).

Mtra. María Oswelia Murad Robles

Ciudad de México, Independiente

Dra. Alicia Parra Carriedo

Ciudad de México, Universidad Iberoamericana

Mtra. Paulina Reyes Retana Dahl

Ciudad de México, Independiente

Mtro. José Eduardo Reynoso Cruz

Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México

Mtra. Adriana Abgail Romero Hernández

Hospital Infantil de México "Federico Gómez"

Dr. Juan Gabriel Serna Guerrero

Pachuca, Hidalgo, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Dra. Gabriela Tercero Quintanilla

Hospital Infantil de México "Federico Gómez"

Mtra. Martha Elva Valenzuela Amaya

Ciudad de México, Colegio Internacional de Educación Superior

Comité Editorial:

Yolanda Barrios Álvarez

Asociación Psicoanalítica Mexicana, APM.

Santiago Padilla De Miguel

Escuela Superior de Cine

Internacional

Lic. Miguel Sassano

Buenos Aires, Argentina. Universidad de Morón

Mtra. Katia Fabiola Medina Sanjinés

Bolivia

INDICE

EDITORIAL: In memoriam al Dr. Jaime Ayala Villarreal y sus aportaciones a la psicomotricidad

LA TERCERA FASE DE DESARROLLO EMOCIONAL PRIMITIVO: LA FASE DE COMPRENSIÓN DEL MUNDO COMPARTIDO

Diana Maya Morones

LA FEMINIDAD EN MOVIMIENTO: UNA LECTURA PSICOANALÍTICA DEL CUERPO EN LA DANZA DEL VIENTRE

Lilia Gabriela Díaz Ocaña

EL ENGAÑO EN EL DESARROLLO EMOCIONAL PRIMITIVO: UNA LECTURA WINNICOTTIANA

Concepción Rabadán Fernández

EN LA INTERDISCIPLINA

EI EXTRAVÍO EN EL LABERINTO: LA PERMANENCIA DE MUJERES EN RELACIONES VIOLENTAS. "UN CUENTO PARA CONTAR"

Dolores Patricia Martínez Méndez

EDITORIAL: In memoriam al Dr. Jaime Ayala Villarreal y sus aportaciones a la psicomotricidad

Este número de *Movimiento y Emoción* está dedicado a la memoria del **Dr. Jaime Ayala Villarreal**, cuya trayectoria académica, clínica e institucional dejó una huella profunda en el desarrollo de la psicomotricidad en México y en la formación de generaciones de profesionales.

Médico psiquiatra, psicoanalista y educador, el Dr. Ayala sostuvo una convicción que acompañó toda su obra: comprender al ser humano exige pensar conjuntamente el cuerpo, la emoción, el pensamiento y el vínculo. Desde esta perspectiva impulsó una lectura interdisciplinaria de la psicomotricidad, articulándola con la medicina, la psiquiatría, el psicoanálisis, la neuropsicología, la educación y las ciencias del desarrollo.

Como fundador y rector del **CiES Colegio Internacional de Educación Superior**, participó en la construcción de un proyecto académico orientado a la formación rigurosa, la investigación y el compromiso con la sociedad. Bajo esta visión se desarrollaron programas que marcaron la identidad institucional, entre ellos la **Maestría en Psicomotricidad**, espacio que contribuyó a consolidar este campo disciplinar y abrir nuevas posibilidades de intervención, investigación y pensamiento clínico.

Entre sus aportaciones destaca el esfuerzo constante por fundamentar teóricamente la psicomotricidad y pensarla más allá de una técnica o un conjunto de ejercicios corporales. En trabajos como *Bases psicoanalíticas de la psicomotricidad*, *Lo que NO es psicomotricidad* y sus reflexiones sobre la psicoterapia psicomotriz, sostuvo que el cuerpo en movimiento involucra procesos cognitivos, afectivos, relacionales y subjetivos que exigen una comprensión compleja del desarrollo humano.

Pero quizá una de sus mayores enseñanzas fue la transmisión organizando congresos, formando profesionales capaces de pensar, interrogar y construir disciplina. Se puede destacar, el año 2005, en el que organizó el Primer Congreso Mundial de Psicomotricidad: “Posmodernidad y Psicomotricidad” en el auditorio Nacional de la Ciudad de México con la invitación de destacados psicomotricistas, como son: André Lapierre, Vitor Da Fonseca, Pablo L. Botitini, Daniel Calmels, Juan Mila, Robert Rigal, Miguel Sassano y Leopoldo Vieyra.

Su trabajo deja una herencia que continúa viva en las aulas, en la práctica clínica, en la investigación y en cada estudiante que encuentra en la psicomotricidad una forma de comprender y acompañar la experiencia humana.

Con gratitud y reconocimiento, dedicamos este número a su memoria.

Comité editorial PsiME.

Concepción Rabadán Fernández.

Jimena Ayala Rabadán

LA TERCERA FASE DE DESARROLLO EMOCIONAL PRIMITIVO: LA FASE DE COMPRENSIÓN DEL MUNDO COMPARTIDO

DIANA MAYA MORONES

Doctora en Investigación Psicoanalítica por Colegio Internacional de Educación Superior CiES. Colaboradora de la Dra. Concepción Rabadán Fernández en la creación e impartición del Curso en línea "Introducción a las Prácticas de Winnicott" por el CiES. Docente de nivel básico en la Secretaría de Educación Pública y psicoterapeuta de corte psicoanalítico en la clínica privada.

Recepción: 27 mayo 2026/ Aceptación: 14 junio 2026

RESUMEN

El presente artículo examina la tercera fase del Desarrollo emocional primitivo en la teoría de Donald W. Winnicott: la fase de comprensión del mundo compartido. Se analiza el tránsito fundamental desde la delimitación corporal de la "membrana de la piel" hacia el establecimiento de una "frontera del yo" simbólica y espacial. A través de una revisión conceptual, se explora cómo el paso de la dependencia absoluta a la independencia social está mediado por la capacidad de usar los objetos, proceso que depende de la supervivencia del objeto frente a la destructividad fantasiosa del bebé y de la instauración del espacio transicional. Asimismo, se abordan las implicaciones de la relacionalidad del yo, tales como la capacidad de estar solo y el abordaje clínico del silencio en la transferencia. Finalmente, se destaca la tensión entre el acceso al lenguaje compartido y el derecho inalienable del sujeto a salvaguardar el núcleo incomunicado del *self verdadero* frente a las intrusiones del entorno.

PALABRAS CLAVE

Desarrollo emocional primitivo, Frontera del Yo, Uso del objeto, Núcleo incomunicado, Relacionalidad del Yo, Tercera fase del Desarrollo emocional primitivo, Self verdadero.

SUMMARY

This essay examines the third stage of primitive emotional development in Donald W. Winnicott's theory: the stage of concern (the understanding of a shared world). It analyzes the fundamental transition from the bodily delimitation of the "skin-ego" toward the establishment of a symbolic and spatial "ego-boundary." Through a conceptual review, it explores how the transition from absolute dependence to social independence is mediated

by the capacity to use objects, a process that depends on the survival of the object faced with the infant's delusional destructiveness, as well as the establishment of the transitional space. Furthermore, the clinical implications of ego-relatedness are addressed, such as the capacity to be alone and the clinical approach to silence in the transference. Finally, the article highlights the tension between access to shared language and the subject's inalienable right to safeguard the incommunicado core of the true self against environmental intrusions.

KEY WORDS

Primitive emotional development, Third stage of primitive emotional development, Ego-boundary, Use of an object, Ego-relatedness, Incommunicado core, True self.

RÉSUMÉ

Cet essai examine la troisième phase du développement affectif primitif dans la théorie de Donald W. Winnicott : la phase de compréhension du monde partagé. Il analyse la transition fondamentale de la délimitation corporelle de la « membrane de la peau » vers l'établissement d'une « frontière du Moi » symbolique et spatiale. À travers une révision conceptuelle, il explore comment le passage de la dépendance absolue à l'indépendance sociale est médié par la capacité d'utiliser les objets, un processus qui dépend de la survie de l'objet face à la destructivité fantasmatique du nourrisson et de l'instauration de l'espace transitionnel. De même, les implications cliniques de la relationnalité du Moi sont abordées, telles que la capacité d'être seul et l'approche clinique du silence dans le transfert. Enfin, l'article met en évidence la tension entre l'accès au langage partagé et le droit inaliénable du sujet à sauvegarder le noyau incommodé du vrai soi face aux intrusions de l'environnement.

MOTS CLÉS

Développement affectif primitif, Troisième phase du développement affectif primitif, Frontière du Moi, Utilisation de l'objet, Relationnalité du Moi, Noyau incommunicable, Vrai soi.

INTRODUCCIÓN

El marco general del Desarrollo emocional primitivo se encuentra estructurado metodológicamente a través de tres grandes hitos conceptuales: la integración, la personalización y la comprensión. Cada uno de estos procesos se corresponde con una fase de sostén o provisión ambiental que permite al infante tener la ilusión de crear, habitar su propio cuerpo y, eventualmente, reconocer el mundo que lo rodea. No obstante, es en la tercera fase -la fase de comprensión del mundo compartido -donde se juega la consolidación formal

del aparato psíquico y el establecimiento de una frontera definitiva entre el yo y el mundo externo. Si las fases previas proveen las bases para que el bebé "sea" y delimite su mundo interior, la fase de comprensión introduce al sujeto en las coordenadas de la realidad objetiva, la temporalidad y la socialización madura.

Se propone examinar los ejes constitutivos de esta tercera fase de desarrollo abordando el tránsito crítico desde la "membrana de la piel" hacia la "frontera del yo", los procesos que posibilitan dicha transformación —tales como la supervivencia del objeto y la emergencia de la primera posesión no-yo—, y las implicaciones estructurales de un yo consolidado. Asimismo, se analizará el proceso madurativo del individuo a través de las categorías de dependencia absoluta, dependencia relativa y el movimiento hacia la independencia social. Finalmente, se abordará la dimensión de los fenómenos transicionales, la transición de la relación de objeto al uso del objeto, y las complejas dinámicas de la comunicación y el derecho inalienable al no-comunicarse, esenciales para salvaguardar el núcleo sagrado del *self* verdadero.

I. EL TRÁNSITO DE LA MEMBRANA A LA FRONTERA DEL YO Y LAS FASES PREVIAS

Para comprender de manera cabal la especificidad y la sofisticación de la fase de comprensión, resulta indispensable trazar el hilo conductor de la organización psíquica desde sus etapas más tempranas e incipientes. El psiquismo no aparece de forma espontánea, sino que se despliega a través de tres fases clave que marcan la pauta de la estructuración del yo.

La primera fase se identifica como la **Fase de Sostén (Integración / No-integración)**. Durante este periodo primario se funda el núcleo del mundo interior, conceptualizado bajo el término del *yo-self*. La experiencia subjetiva en esta etapa es de naturaleza estrictamente *unicorporal*, caracterizándose por un estado rudimentario que delimita lo que es "parte de mí - distinto de mí que hace mí" (lo propio del ser). Es una fase donde el bebé es sostenido y donde la ilusión de experiencia de omnipotencia eclipsa cualquier atisbo de vacío existencial, permitiendo al infante habitar un presente inmediato y absoluto. Para Winnicott el yo es un yo de experiencias.

A este estado le sigue el segundo gran hito: la **Fase Depresiva (o de preocupación)**. En esta fase, los núcleos de identidad previamente fundados comienzan a unificarse y a ser cobijados por lo que la clínica define como la *membrana de la piel* o el *yo-piel*. La instau-

ración de esta membrana representa un salto cualitativo crucial, dado que organiza por primera vez la intimidad entre un *interior* y un *exterior*.

“...en la fase depresiva el niño con un esquema corporal capaz de sostener el funcionamiento del objetoyoself, crea el yopiel, mira al pasado, piensa por sí mismo y hace experiencias del ello. La madre pensaba por él, ahora piensa por sí mismo. El mundo interior se ha creado por el recubrimiento de la membrana yopiel que marca una intimidad con un interior y un exterior...” (62)[1].

Finalmente, se transita hacia la tercera fase: la **de Comprensión de la realidad compartida**. Este logro representa el escenario en el cual la organización del mundo interior -propia de las fases previas- madura y se consolida como el aparato psíquico de un yo formal. La delimitación o "frontera constitutiva" del yo con respecto a la alteridad y al entorno externo se alcanza precisamente cuando la membrana adaptativa del *yo-piel* realiza un tránsito hacia una verdadera *frontera del yo*. Ya no se trata únicamente de un límite epidérmico o corporal que separa lo interior de lo exterior, sino de un límite simbólico y espacial marcando un adentro y un afuera que faculta a la persona para comprender la existencia de una realidad objetiva, compartida e independiente de sus propios deseos y proyecciones omnipotentes.

II. LA METAMORFOSIS DE LA MEMBRANA YO-PIEL A LA FASE DE COMPRENSIÓN

La metamorfosis de la membrana adaptativa del *yo-piel* a una frontera formal del yo, no ocurre en el vacío, ni es producto de un determinismo madurativo; ocurre en la paradoja donde la destructividad dota de exterioridad al entorno en la fase depresiva. “El sujeto le dice al objeto: 'Te destruí', y el objeto está allí para recibir el mensaje. De ahí en adelante el sujeto dice: 'Te destruí, pero te amo; tú tienes valor para mí porque sobrevives a mi destrucción’ (121) [2].

En este punto, el eje del desarrollo es la destrucción del objeto. Cuando el bebé "destruye" al objeto en su fantasía -impulsado por las insatisfacciones y desilusiones- constata que dicho objeto sobrevive en la realidad exterior sin dañarse, sin desaparecer y sin tomar represalias, acontece un cambio psíquico fundamental. Al sobrevivir a la destrucción, el objeto demuestra su independencia exterior, lo cual permite al aparato psíquico flexibilizar sus límites omnipotentes, abandonar el control mágico y aceptar la alteridad en términos de una realidad compartida.

Es fundamental advertir que esta capacidad para destruir al objeto en la fase depresiva no surge de la nada; tiene como antecedente estructural la agresión primaria experimentada

en la primera fase de integración. Al respecto, Winnicott refiere que: “la agresión experimentada por el infante, la propia del erotismo muscular, del movimiento y de las fuerzas irresistibles que chocan con objetos firmes, esta agresión decimos, y las ideas ligadas a ella, se prestan al proceso de ubicar al objeto, a ubicarlo como separado del self, y en esta medida el self comienza a emerger como entidad” (237) [2].

De este modo, mientras que en la fase de integración- no integración, la agresión ligada a la motilidad y al erotismo muscular funciona como una fuerza que permite al self comenzar a emerger como entidad y delimitarse frente al no-self, en la fase depresiva la destructividad da un vuelco cualitativo. Ya no se trata de fundar el self mediante el choque con la resistencia del entorno, sino de usar la destrucción fantaseada para ubicar al objeto fuera de la omnipotencia subjetiva y reconocer, por primera vez, una verdadera separación de cuerpos. El objeto adquiere el estatuto de exterioridad, fundando las condiciones objetivas indispensables para que surja la “primera posesión-No-Yo.

La Primera Posesión No-yo

El advenimiento del objeto transicional representa un eje constitutivo del desarrollo emocional primitivo saludable en la fase de comprensión. Las experiencias del niño sano se expresan ante todo en el uso del objeto transicional —que puede encarnarse en un osito de peluche, una manta blanda o un juguete específico— el cual habita en un territorio singular: una zona intermedia de experiencia. El objeto transicional no se confunde con una fantasía internalizada ni se pierde en la pura objetividad del mundo externo; representa la primera posesión no-yo del niño. Al reconocer con claridad un objeto que formalmente “no soy yo”, pero que simultáneamente “me pertenece” y se encuentra bajo mi dominio, el yo logra delimitar con nitidez y precisión su propio territorio subjetivo, separándolo del mundo objetivo. Es precisamente en este lindero donde Winnicott introduce sus teorizaciones fundamentales: “Introduzco los términos ‘objetos transicionales’ y ‘fenómenos transicionales’ para designar la zona intermedia de experiencia, entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación de objeto, entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que ya se ha introyectado...” (18) [3].

Para Winnicott la capacidad de usar objetos es el resultado del proceso de maduración psíquico. “Lo que existe entre la relación y el uso es la ubicación del objeto, por el sujeto, fuera de la zona de su control omnipotente, es decir, su percepción del objeto como un fenómeno exterior, no como una entidad proyectiva, y en rigor su reconocimiento como una entidad por derecho propio” (120) [2].

III. La relacionalidad del Yo: Implicaciones existenciales de la constitución del Yo formal

Esta conquista en la localización del objeto externalizado transforma cualitativamente la estructura psíquica del infante. Al verse relevado de la necesidad de sostener al mundo bajo un control mágico, el aparato psíquico logra organizarse de manera sólida y el yo se consolida formalmente en la fase de comprensión. A partir de este hito, las coordenadas fundamentales de la experiencia subjetiva humana se modifican de raíz, trayendo consigo cuatro implicaciones existenciales e interdependientes que redefinen la relacionalidad del sujeto:

El paso del "Ser" al "Hacer", y de este al "Tener". En las etapas más tempranas e indiferenciadas, la relación del bebé con el mundo es de orden ontológico: el bebé "es" el pecho o confunde su propio ser con el núcleo del entorno (donde coexisten el elemento femenino puro del "Ser" y el elemento masculino del "Hacer"). Con la llegada de la fase de comprensión y el establecimiento de la frontera formal, el yo evoluciona hacia una lógica de posesión simbólica; el individuo adquiere la capacidad psíquica de poseer objetos separados, teniendo formalmente su primera posesión no-yo. El lenguaje y los fenómenos transicionales —como el parloteo o la repetición de melodías antes de dormir— se vuelven los instrumentos a través de los cuales el niño ensaya de forma creadora este estatuto del tener sin perder su anclaje en el ser.

La distinción entre el "Adentro" y el "Afuera": Winnicott insiste en la necesidad clínica de diferenciar conceptualmente esta oposición del binomio interior-exterior propio de la fase depresiva. Mientras que lo interior y lo exterior remiten a la intimidad corporal, con la mente ayudando a la vida psicosomática, la distinción entre el adentro y el afuera instituye una frontera netamente simbólica y espacial. Esta frontera opera dentro de un mundo percibido de manera objetiva, verificable y socialmente compartido, permitiendo que la comunicación no sea una intrusión, sino un puente entre dos realidades independientes.

La capacidad de estar solo en presencia de alguien: Este logro, desarrollado ampliamente por el autor en su texto de 1958, [4] es calificado como uno de los signos más fidedignos de madurez emocional. Esta capacidad, que se despliega inicialmente en la segunda fase entre dos personas (la madre que sostiene ambientalmente mientras el bebé juega), se continúa y se consolida en la tercera fase como una capacidad para estar a solas, pero ahora entre tres personas completas.

A partir de este andamiaje, se devela una paradoja fundacional de la clínica winnicottiana: “se trata de la experiencia de estar solo mientras alguien más está presente” (38) [4]. Esta condición no implica un aislamiento defensivo; por el contrario, instituye un tipo especial de relación donde el niño pequeño puede ensayar la soledad gracias a que la madre o su sustituto, permanecen de forma confiable e inmediata en el entorno, representados sutilmente por la atmósfera general del ambiente, la cuna o el cochecito. Winnicott refiere que a él le agrada la expresión “relacionalidad del yo” para describir este vínculo. “La relacionalidad del yo es la relación entre dos personas en la cual por lo menos una de ellas está sola; quizá lo estén ambas, pero la presencia de cada una es importante para la otra.” (38) [4].

La fortaleza de la frontera yoica (el límite simbólico que el niño construyó entre el adentro y el afuera) se pone a prueba cuando el desarrollo emocional empuja al sujeto a encarar la sexualidad y la triangulación edípica. Winnicott ilustra la imbricación entre las experiencias del ello y la capacidad de estar solo al analizar lo que ocurre después de la cópula en la vida adulta: en una pareja sana, tras el cese de la excitación instintiva, cada uno de los miembros es capaz de retornar naturalmente al silencio y disfrutar de la soledad junto al otro, habitando un estado de retraimiento (relajación o descanso) libre y conforme, exento de la angustia que provocaría la falta de integración corporal.

No obstante, para que el adulto logre esta concordancia, el niño primero debió haber conquistado la capacidad de estar solo frente al enigma de la escena primaria. El abordaje winnicottiano del complejo de Edipo no se limita a la rivalidad, sino a la aptitud del Yo para tolerar la exclusión en un marco tripersonal o triangular. En la escena primaria, el niño percibe o imagina una relación excitada entre los padres. Si el niño posee una relacionalidad del yo lo suficientemente fuerte, es capaz de aceptar esta relación entre sus padres, dominando el odio derivado de su exclusión y poniéndolo, de manera creadora, al servicio de la masturbación.

“En la masturbación, el niño que es la tercera persona en una relación tripersonal o triangular, acepta toda la responsabilidad por la fantasía consciente o inconsciente. Ser capaz de estar solo en esas circunstancias implica una madurez del desarrollo erótico, una potencia genital, o la correspondiente aceptación femenina; supone la fusión de los impulsos e ideas agresivos y eróticos, y también una tolerancia a la ambivalencia; además habría naturalmente una capacidad del individuo para identificarse con cada uno de los progenitores” (39) [4].

De este modo, la tramitación exitosa del escenario edípico y la capacidad de resguardo que ofrece la fantasía masturbatoria anticipa la estabilización definitiva del aparato psíqui-

co. Este logro madurativo se traduce directamente en la instauración de una realidad psíquica estructurada. El yo consolidado adquiere la plasticidad necesaria para soñar de forma simbólica, tolerar la ambivalencia (amar y odiar al mismo objeto) y sostener un tiempo presente articulado con el pasado y el futuro (temporalidad subjetiva). Esta estructura faculta al sujeto para participar activamente en la vida social y cultural sin la necesidad imperiosa de recurrir a mecanismos de defensa extremos como la escisión defensiva o la tendencia antisocial.

IV. TRANSICIONES DE LA DEPENDENCIA HACIA LA INDEPENDENCIA EN LA SOCIALIZACIÓN

El desarrollo de la madurez emocional en el ser humano implica la delimitación intrapsíquica de sus fronteras en el espacio transicional entre paradojas que involucra de manera potencial su capacidad de socialización. La madurez en la salud supone que el adulto sea capaz de identificarse con la sociedad y asumir responsabilidades con respecto a su mantenimiento o transformación, sin tener que sacrificar su espontaneidad y creatividad personal. Para dar cuenta de la complejidad de este proceso, se sintetizan las tesis de Winnicott en su escrito de 1963, *De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo* [5] donde formula un modelo existencial que va de la mano con la provisión ambiental y el cuidado infantil:

A. Dependencia Absoluta

Esta fase inicial se caracteriza por el estado del bebé durante sus primeras semanas de vida. En este periodo, el infante se halla completamente supeditado al cuidado de los padres, quienes tienen la tarea de proveer lo necesario para que las tendencias heredadas y los procesos de maduración de la criatura no se vean afectados.

El fundamento de este momento constitutivo reside en la denominación que Winnicott otorga al estado psicológico transitorio de la madre: la “*preocupación maternal primaria*”. Hacia las postrimerías del embarazo y durante las primeras semanas posteriores al parto, la madre se entrega de forma casi absoluta al cuidado del niño. El bebé parece formar parte de ella, y debido a una identificación masiva sustentada en sus propias vivencias infantiles, la madre sabe con precisión cómo se siente su hijo. Esta sumisión natural sumerge a la madre en un estado de profunda dependencia y vulnerabilidad, es la preocupación maternal primaria, la que garantiza un elevado grado de adaptación activa que el niño requiere. Al amoldarse de forma casi milimétrica a las necesidades del bebé, la madre protege su *continuidad existencial*. Si esta continuidad es interrumpida por fallas

adaptativas graves o intrusiones, el niño reacciona fragmentándose, lo cual interfiere severamente con su tendencia natural a convertirse en una unidad integrada dotada de pasado, presente y futuro.

“Mi tesis es que en la fase más precoz estamos tratando con un estado muy especial de la madre, una condición psicológica que merece un nombre, como puede ser el de preocupación maternal primaria. Sugiero que la literatura psicoanalítica no ha rendido tributo suficiente a una condición psiquiátrica muy especial de la madre acerca de la cual deseo decir lo siguiente:

Gradualmente se desarrolla y se conviene en un estado de sensibilidad exaltada durante el embarazo y especialmente hacia el final del mismo.

Dura unas cuantas semanas después del nacimiento del pequeño.

No es fácilmente recordado por la madre una vez que se ha recuperado del mismo.

Iría aún más lejos y diría que el recuerdo que de este estado conservan las madres tiende a ser reprimido” (399) [6].

“La madre que sabe entregarse durante un breve periodo a esta sumisión natural, sabe igualmente proteger la continuidad existencial de su hijo. Todas las amenazas, conflictos o fallos de adaptación suscitan en la criatura una reacción que trunca la citada continuidad” (103) [5].

B. Dependencia Relativa

La segunda fase corresponde al momento en que la adaptación materna absoluta, comienza a disminuir de forma paulatina y gradual. La gran mayoría de las madres presentan una competencia intuitiva para aportar una desadaptación gradual perfectamente sincronizada con los progresos evolutivos del niño. En este punto, se establece una distinción fundamental: el infante transita de una dependencia que estaba totalmente fuera de su alcance conceptual a una dependencia de la cual ya puede conocer y colegir algo.

El hito fundamental de la dependencia relativa es el nacimiento de la *capacidad de comprensión intelectual*; el bebé ya piensa por sí mismo: la madre se sigue encargando del caos y el bebé se encarga ahora, de las fallas saludables del ambiente, al pensar, haciendo vida psicosomática. Esta capacidad se expande a partir de procesos simples, permitiendo al niño asimilar la realidad objetiva. Por ejemplo, la criatura en espera de su alimento. “Llegará un momento en el desarrollo en que el niño, al escuchar los ruidos provenientes de la cocina que anuncian la preparación de la comida, no se excitará ni se desesperará de forma instintiva, sino que empleará dichos estímulos auditivos para poner en mar-

cha su capacidad de espera y comprensión intelectual” (104) [5]. En esta misma fase, el niño empieza a cobrar conciencia de que la madre es un ser separado y necesario, lo cual lo prepara internamente para enfrentarse de manera paulatina a las vicisitudes de la pérdida y la separación. Para que esta transición sea exitosa “el cuidado infantil debe caracterizarse por un modo firme, estable y predecible de presentarle el mundo a la criatura, labor que debe ser ejecutada por seres humanos reales que se muestren auténticamente como ellos mismos, lejos de la perfección mecánica de las máquinas” (105-106) [5].

C. Hacia la Independencia

La tercera fase, si el espacio transicional entre paradojas (fenómenos transicionales y tercera zona de experiencia) funciona, describe de manera elocuente las intensas luchas emocionales que caracterizan los periodos del niño deambulador con el control de esfínteres, el niño púber y el adolescente. Una vez que las fases previas se han establecido de forma saludable, la persona se encuentra en condiciones de enfrentar el mundo exterior y sus complejidades crecientes, debido a que proyecta en el entorno social aquello que ya reside integrado en su propio *self*. El niño comienza a identificarse con la sociedad en círculos concéntricos cada vez más amplios, entendiendo que la comunidad local funciona como una muestra tanto de su mundo personal como de los fenómenos externos.

Durante la latencia, los niños suelen experimentar satisfacción bajo el amparo de la dependencia familiar, delegando en la institución escolar el papel de sustituto del hogar. No obstante, al sobrevenir la pubertad y la adolescencia, el proceso de socialización enfrenta tensiones mayúsculas. “En la práctica vemos a nuestros adolescentes pasar de un agrupamiento a otro, ampliando continuamente el círculo e incluyendo los fenómenos nuevos y cada vez más extraños que la sociedad genera” (119) [5].

“En este escenario, la presencia y el sostén de los padres siguen siendo de vital importancia. Los adultos son requeridos para supervisar que el pasaje entre círculos sociales no sea excesivamente rápido o peligroso, y para ayudar al joven a metabolizar las tensiones y pautas instintivas que reaparecen con fuerza a raíz de la pubertad y el desarrollo de la capacidad sexual. Finalmente, la inserción en el mundo adulto se consolida cuando el individuo halla un nicho laboral y conyugal, logrando una transacción funcional entre la herencia parental y su identidad desafiante” (120) [5].

Winnicott aclara de manera contundente que “la independencia definitiva jamás es absoluta” (120) [5]; el adulto sano no se aísla, sino que mantiene una relación de interdependencia madura con su medio ambiente. Esta inserción en la vida comunitaria e indepen-

diente es posible gracias a que el sujeto ha consolidado una zona intermedia de experiencia. Es a través del juego y de la relación con el entorno que el individuo logra habitar el mundo compartido, lo que nos lleva a examinar el siguiente eje articulador.

V. OBJETOS TRANSICIONALES, FENÓMENOS TRANSICIONALES Y LA EXPERIENCIA DEL USO DEL OBJETO

El análisis minucioso de la zona intermedia de la experiencia constituye uno de los ejes conceptuales de la clínica winnicottiana, situándose en el corazón mismo de la fase de comprensión.

1. Del pulgar al objeto: la primera posesión no-yo

Winnicott observa la existencia de un intervalo temporal sumamente significativo entre las conductas del recién nacido —quien introduce su puño, dedos o pulgar en la boca, una actividad autoerótica que rápidamente se desplaza hacia la zona de los fenómenos transicionales y el campo de la ilusión— y la posterior capacidad del niño para jugar con muñecas o juguetes ofrecidos por los padres. “Este pasaje se vincula en el tiempo con los fenómenos autoeróticos y la succión del puño y del pulgar, y más adelante con el primer animal o muñeca blandos y con los juguetes duros” (32) [3]. Por otra parte, tiene vinculaciones con el objeto exterior (el pecho materno) y con los objetos internos (el pecho mágicamente introyectado), pero es distinta de ellos. Los objetos y fenómenos transicionales pertenecen al reino de la ilusión que constituye la base de iniciación de la experiencia. Esa primera fase del desarrollo es posibilitada por la capacidad especial de la madre para adaptarse a las necesidades de su hijo, con lo cual le permite forjarse la ilusión de que lo que él cree existe en la realidad.

2. De la Relación de Objeto al Uso del Objeto

Uno de los aportes más tardíos y refinados de Winnicott proviene de su trabajo de 1969, *El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones* [2]. Aquí se diferencia de forma tajante la “relación de objeto” del “uso del objeto”, es que relacionarse con el objeto es una experiencia que puede describirse enteramente en términos de un sujeto considerado como un aislado. En el relacionarse, el sujeto opera mediante mecanismos proyectivos y de identificación; el objeto es un manojito de proyecciones subjetivas y se encuentra bajo el control omnipotente del infante. El ambiente y la alteridad son filtrados de manera exclusiva a través del narcisismo del Yo.

Por el contrario, el *usar* un objeto da por sentada la relación previa, pero añade cualidades cualitativamente distintas. Winnicott detalla que para que el sujeto pueda usar un ob-

jeto, es forzoso que éste sea real, que forme parte de la realidad compartida y que sea aceptado en su existencia independiente y en su propiedad de encontrarse presente de forma continua como una cosa en sí misma, ajena a las proyecciones del sujeto. Este cambio fundamental del relacionarse al usar no se produce de forma automática por maduración biológica. El paso al uso del objeto exige que el sujeto desarrolle una capacidad psíquica específica que coincide con el acceso definitivo al principio de realidad, proceso que depende enteramente del acompañamiento de una madre u objeto lo bastante bueno capaz de sobrevivir a la destrucción fantasiosa del niño.

Para usar un objeto es preciso que el sujeto haya desarrollado una capacidad que le permita usarlos. Esto forma parte del paso al principio de realidad... Lo que existe entre la relación y el uso es la ubicación del objeto, por el sujeto, fuera de la zona de su control omnipotente, es decir, su percepción del objeto como un fenómeno exterior, no como una entidad proyectiva, y en rigor su reconocimiento como una entidad por derecho propio (120-121) [2].

3. La Paradoja Transicional y el valor de la ilusión

El rasgo indispensable y constitutivo de los fenómenos transicionales es el sostenimiento de una paradoja lógica insoslayable. “La zona intermedia de experiencia, no discutida respecto de su pertenencia a una realidad interna o exterior (compartida), constituye la mayor parte de la experiencia del bebé, y se conserva a lo largo de la vida en las intensas experiencias que corresponden a las artes y la religión, a la vida imaginativa y a la labor científica creadora” (32) [3].

Por lo general, el objeto transicional del bebé se descarga poco a poco, en especial a medida que se desarrollan los intereses culturales. De estas consideraciones surge la idea de que la paradoja aceptada puede tener valor positivo. Su solución conduce a una organización de defensa que en el adulto se puede encontrar como autoorganización verdadera o falsa. El desarrollo emocional saludable exige que los adultos y el entorno respeten escrupulosamente las reglas del juego implícitas: jamás se debe desafiar al niño a responder de forma dicotómica a la pregunta inquisidora de si él creó ese objeto o si simplemente lo encontró.

Es en este espacio intermedio como tercera zona de experiencia que une y separa lo subjetivo de lo objetivo, donde se localizan también los fenómenos transicionales y, posteriormente, el lenguaje y la escritura. El habla no es una mera adquisición cognitiva, sino un logro emocional ligado a las tres fases especialmente a la depresiva y a la de comprensión. Para comunicarse explícitamente con un objeto percibido objetivamente, el niño

debe aceptar la paradoja de que las palabras no le pertenecen en exclusiva, sino que son convenciones culturales compartidas. Al hablar, el sujeto renuncia a la comunicación omnipotente y silenciosa de la díada primaria para integrarse en la estructura social de la "tricorporalidad" (el Yo, el Tú y el código lingüístico común).

La escritura representa la consolidación definitiva de este proceso madurativo. Si el habla es volátil, el texto escrito materializa de forma permanente el mundo interno en un soporte físico y compartido que sobrevive a la ausencia del emisor. Escribir desde el Verdadero Self constituye un acto creativo y un esfuerzo de reparación que tiende puentes perdurables entre los tesoros del mundo subjetivo y la inmensidad del orden cultural. Sin embargo, si el ambiente fuerza la lectoescritura antes de que el psiquismo haya alcanzado la madurez de la fase de comprensión, el lenguaje corre el riesgo de disociarse, convirtiéndose en una herramienta mecánica del Falso Self orientada al mero cumplimiento adaptativo.

Esta tensión entre la necesidad de expresar creativamente el mundo interno y el riesgo de una adaptación forzada al entorno nos conduce a interrogar el límite de los intercambios humanos. Si bien el sujeto ha conquistado la capacidad de comunicarse en sociedad, existe en una dimensión personal que debe quedar permanentemente a salvo de las demandas del exterior, abriendo paso al análisis de la soberanía del sujeto que debe quedar a salvo de las demandas del exterior.

VI. DINÁMICAS DE LA COMUNICACIÓN Y EL NÚCLEO INCOMUNICADO DEL SELF

La consolidación de la fase de comprensión del mundo compartido altera profundamente las dinámicas de la comunicación humana. Esta sección se fundamenta en el texto de Winnicott de 1963, *El comunicarse y el no comunicarse que conducen a un estudio de ciertos opuestos* [7].

1. Evolución de la comunicación

Puesto que estas cuestiones ya han sido examinadas bajo la perspectiva de la relación de objeto, corresponde ahora advertir su incidencia directa en el estudio de la comunicación. Esto se debe a que las metas y los recursos comunicativos se transforman radicalmente a medida que el objeto transiciona de lo subjetivo a lo percibido objetivamente, conforme el infante se distancia paulatinamente del terreno de la omnipotencia experiencial.

“En la medida en que el objeto es subjetivo, para la comunicación con él resulta innecesario que sea explícito. En la medida en que el objeto es percibido objetivamente, la comunicación es explícita o bien muda. Entonces aparecen dos cosas nuevas: el uso y

disfrute por el individuo de los modos de la comunicación, y el self que no se comunica, o núcleo personal del self que es un verdadero aislado” (239) [7].

2. Patología de la comunicación: Falso Self y Escisión

Cuando el ambiente facilitador y la provisión auxiliar fallan de manera severa en su función adaptativa, el infante se ve forzado a estructurar una escisión psicopatológica defensiva para proteger su integridad. Remitiéndonos al texto sobre la comunicación [7], Winnicott plantea que, a raíz de esta escisión, la personalidad se fragmenta en dos mitades con dinámicas contrapuestas:

- **La mitad sumisa (Falso Self):**

Con esta parte escindida, el niño se relaciona con el mundo exterior adaptándose de forma reactiva a las demandas del ambiente. Sin embargo, es imperativo advertir que este falso self opera fundamentalmente como un protector del verdadero self; su función central es actuar como un escudo defensivo que contiene las intrusiones del entorno para salvaguardar el núcleo íntimo del sujeto, permitiendo así que el verdadero self pueda simplemente ser.

Desde esta perspectiva, el falso self puede manifestarse de dos maneras en la vida adulta y en la producción cultural. Por un lado, puede derivar en un estancamiento defensivo a través de producciones hiperintelectualizadas o escrituras disociadas que carecen de espontaneidad. Por otro lado, frente a expresiones como el arte abstracto, ese aparente "punto muerto comunicativo" —ese espacio ciego o en blanco que renuncia a la comunicación explícita— no debe entenderse necesariamente como un déficit. Al contrario, este vacío o punto ciego en el arte funciona muchas veces como el escenario idóneo para que el sujeto descanse de las exigencias adaptativas, propiciando un repliegue restaurador donde el individuo puede reencontrarse consigo mismo y experimentar la autenticidad de su verdadero self.

- **La mitad replegada (Self Verdadero):**

Como contraparte de esta dinámica protectora, nos encontramos con la reserva más íntima de la identidad. Con la otra mitad de la escisión, el infante se repliega hacia una comunicación secreta y silenciosa con objetos subjetivos y experiencias corporales. Esta comunicación en punto muerto es la única que le proporciona al sujeto el sentimiento profundo de lo real, operando como una no-comunicación activa o repliegue clínico frente a la intrusión de una realidad objetiva que es percibida como falsa o amenazante.

“Estoy postulando que en la persona sana (madura en lo concerniente al desarrollo de la relación objetal) tiene que haber algo que equivalga al estado de la persona escindida, en la cual una parte se comunica silenciosamente con los objetos subjetivos. Cabe la idea de que el relacionarse y comunicarse significativamente es silencioso” (241) [7].

Es decir, en el corazón de un desarrollo emocional saludable, coexiste un núcleo inviolable de la personalidad que resguarda la autenticidad del Self Verdadero. Este centro arcaico y soberano se mantiene en permanente incomunicación con el mundo de los objetos percibidos; se trata de una zona íntima donde el sujeto conserva la certeza inconsciente de que su esencia más profunda jamás debe quedar expuesta a las exigencias de la realidad externa ni ser colonizada por las demandas del entorno.

“Sugiero que en la salud hay un núcleo de la personalidad que corresponde al self verdadero de la personalidad escindida; este núcleo nunca se comunica con el mundo de los objetos percibidos y que la persona individual sabe que nunca tiene que comunicarse con la realidad externa ni ser influida por ella” (245) [7].

“Aunque las personas sanas se comunican y disfrutan haciéndolo, hay otro hecho igualmente cierto: que cada individuo es un aislado en permanente incomunicación, permanentemente desconocido, en realidad no descubierto” (245) [7].

VII. APLICACIONES CLÍNICAS: EL ADOLESCENTE COMO AISLADO Y EL SILENCIO EN LA TRANSFERENCIA

Los desarrollos teóricos de la fase de comprensión y las dinámicas de la comunicación hallan una aplicación directa y de enorme valor práctico en dos escenarios clínicos fundamentales analizados: el abordaje de la adolescencia y el manejo técnico del silencio en la cura psicoanalítica.

1. El adolescente como aislado y la resistencia al tratamiento

Si bien el estudio del individuo como un aislado tiene una relevancia fundamental para comprender la infancia y la psicosis, considero imperativo extender este análisis al terreno de la adolescencia. El púbero puede describirse de múltiples modos, pero una de sus aristas constitutivas es la de un sujeto que se aísla de manera celosa. Esta preservación de la privacidad personal no constituye un capricho, sino que forma parte esencial de la búsqueda de su nueva identidad y de la estructuración de una técnica personal para comunicarse que resguarde la autenticidad del self.

De hecho, esta necesidad defensiva de incomunicación total explica una paradoja clínica recurrente: aunque a los adolescentes les interesen las teorías del psicoanálisis, rehúyen sistemáticamente el tratamiento terapéutico. Este rechazo se debe a que sienten que el dispositivo analítico, al pretender interpretar y "descubrir", constituye una amenaza de violación a su núcleo central; una intrusión que no perciben en un sentido sexual, sino estrictamente espiritual.

Durante esta fase, el individuo está atravesando los cambios masivos de la pubertad y aún carece de la madurez emocional necesaria para insertarse plenamente en el mundo adulto. Por lo tanto, se produce un fortalecimiento masivo de las defensas contra el ser descubierto. Para el adolescente, lo que es verdaderamente personal y se siente real debe ser defendido a cualquier precio frente al entorno, incluso si esto implica una ceguera temporaria al valor de las soluciones intermedias. En este sentido, la célebre paradoja winnicottiana que postula que, "Se trata de un juego refinado de escondidas, en el que se disfruta estando oculto, pero no ser descubierto es un desastre" (242) [7] cobra una vigencia absoluta. El adolescente necesita defender su "alegría de ocultarse" para salvaguardar su self verdadero en crecimiento, pero al mismo tiempo depende vitalmente de la certeza de que existe un entorno adulto —y un encuadre terapéutico— que está firme y listo para "encontrarlo" sin forzarlo, respetando su aislamiento necesario hasta que él mismo decida emerger. Cuando este equilibrio fracasa, su soledad esencial se recrudece, manifestándose en esos agregados más bien que grupos donde se juntan para subrayar que cada individuo está, en el fondo, incomunicado.

2. El silencio en la transferencia como logro terapéutico

Tradicionalmente, el silencio en la sesión ha sido interpretado de forma casi unívoca como una manifestación de la resistencia del Yo frente a la emergencia de contenidos inconscientes reprimidos. Winnicott subvierte esta mirada al proponer

"En la práctica hay algo que debemos tener en cuenta en nuestro trabajo: el no comunicarse del paciente como contribución positiva. Debemos preguntarnos si nuestra técnica permite que el paciente comunique que no está comunicándose. Para advertirlo, nosotros, como analistas, tenemos que estar preparados para recibir la señal de "no me estoy comunicando", y distinguirla de la señal de desazón asociada con una falla en la comunicación. Esto se vincula con la idea de estar solo en presencia de alguien" (246) [7].

Lejos de ser una traba, el silencio clínico representa la primera oportunidad en la vida del sujeto donde este se siente lo suficientemente seguro para estar verdaderamente solo en

presencia del analista. Gracias a la presencia de un analista que funciona como un Yo auxiliar confiable que no exige nada, el paciente puede abandonar temporalmente su máscara adaptativa, relajarse en la no-integración y redescubrir el impulso personal espontáneo que confiere el sentimiento de estar genuinamente vivo.

CONCLUSIÓN

El recorrido exhaustivo por el territorio de la tercera fase de desarrollo emocional primitivo —la fase de comprensión del mundo compartido— permite concluir que la consolidación del aparato psíquico es un logro emocional de una delicadeza extrema. El tránsito desde el sostén unicorporal y el resguardo bicorporal de la membrana hacia la instauración de una frontera formal del Yo marca el nacimiento del individuo como una entidad autónoma, capaz de discriminar con nitidez su realidad psíquica interna (el adentro) del entorno social verificable (el afuera). Esta frontera, lejos de ser un muro de aislamiento rígido, es la que faculta al ser humano para entablar relaciones de interdependencia social madura, asumiendo la responsabilidad ciudadana sin resignar su espontaneidad creativa.

La exploración de los pilares de esta fase pone de relieve que el acceso a la objetividad y al principio de realidad no es un proceso pacífico ni lineal. Requiere la concurrencia de paradojas lógicas fundamentales, el despliegue de una agresividad muscular que dote de externalidad al entorno y la presencia indispensable de una provisión ambiental y materna lo bastante buena que sea capaz de tolerar el rechazo, sobrevivir a la destructividad fantasmática y presentar el mundo de forma estable y humana. El objeto transicional y el pasaje de la mera relación de objeto al uso pleno del objeto se revelan, así como los organizadores clínicos fundamentales de este periodo, jalonando la transición del solipsismo onnipotente del "Ser" a la riqueza del "Hacer" y del "Tener".

Finalmente, la articulación entre la teoría de la comunicación y el postulado del núcleo incomunicado del *self* verdadero ofrece una de las advertencias éticas y clínicas más potentes del psicoanálisis. Si bien la fase de comprensión introduce al sujeto en el universo del lenguaje y la comunicación explícita, la salud mental habita en la preservación de ese reducto sagrado, pre-silencioso e inviolable que constituye el corazón de la identidad. El trauma, entendido como el pecado original contra el *self*, es siempre una intrusión comunicativa que violenta dicha soledad esencial. En última instancia, tanto el juego feliz del niño como las más elevadas producciones artísticas y culturales del adulto no son más que transacciones gloriosas encaminadas a suavizar el hecho crudo de nuestra soledad constitutiva, tendiendo puentes perdurables entre los tesoros de nuestro mundo subjetivo

y la inmensidad del mundo compartido.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] RABADÁN, M. (2023). Winnicott. Clínica de las agonías primitivas. CDMX: Ediciones D Jimena, Colegio Internacional de Educación Superior.
- [2] WINNICOTT, D. W. (1969). El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones. En: Realidad y juego. Barcelona: Gedisa, 1971.
- [3] WINNICOTT, D. W. (1951). Objetos transicionales y fenómenos transicionales. En: Realidad y juego. Barcelona: Gedisa, 1971.
- [4] WINNICOTT, D.W. (1958). La capacidad para estar solo. En: Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional. Buenos aires: Paidós, 2009.
- [5] WINNICOTT, D. W. (1963). De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo. En: Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional. Buenos aires: Paidós, 2009.
- [6] WINNICOTT, D. W. (1956). La preocupación maternal primaria. En: Escritos de pediatría y psicoanálisis. Barcelona: Paidós, 1999.
- [7] WINNICOTT, D. W. (1963). El comunicarse y el no comunicarse que conducen a un estudio de ciertos opuestos. En: Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional. Buenos aires: Paidós, 2009.

LA FEMINIDAD EN MOVIMIENTO: UNA LECTURA PSICOANALÍTICA DEL CUERPO EN LA DANZA DEL VIENTRE

LILIA GABRIELA DÍAZ OCAÑA

Maestrante de psicoterapia psicoanalítica en sexto semestre por Colegio Internacional de Educación Superior. Licenciada en Psicología por el Colegio Internacional de Educación Superior, CiES. Consulta privada en Ciudad de México.

Recepción: 12 abril 2026/ Aceptación: 08 junio 2026

RESUMEN

El presente trabajo propone una lectura psicoanalítica de la feminidad a partir del cuerpo en movimiento en la danza del vientre. A través de un recorrido teórico en los aportes de Sigmund Freud, se abordan conceptos como pulsión, libido y narcisismo, los cuales permiten comprender la constitución psíquica y sexual del sujeto desde la infancia.

Se plantea que la feminidad no es un dato exclusivamente biológico, sino una construcción simbólica que se configura a partir de la experiencia corporal, las relaciones tempranas y la inscripción en el lenguaje. En este sentido, la danza del vientre se presenta como un espacio privilegiado donde el cuerpo femenino articula lo pulsional, lo libidinal y lo simbólico.

Asimismo, se propone que a través del movimiento la bailarina realiza una reappropriación de su cuerpo, invistiéndolo libidinalmente en un registro narcisista estructurante, al tiempo que establece un vínculo con la mirada del otro (el público). De esta manera, la danza sería como un dispositivo de expresión subjetiva, en el que la feminidad se construye y se despliega en movimiento, permitiendo una elaboración psíquica que trasciende lo meramente estético para situarse en el ámbito de la experiencia simbólica.

PALABRAS CLAVE: Cuerpo, Danza, Feminidad, Libido, Movimiento, Narcisismo, Pulsi3n.

SUMMARY

This paper proposes a psychoanalytic reading of femininity based on the body in motion in belly dancing. Through a theoretical review of the contributions of Sigmund Freud, concepts such as drive, libido, and narcissism are addressed, which allow for understanding the psychic and sexual constitution of the subject from childhood. It is suggested that femininity is not exclusively a biological fact, but a symbolic construction that is shaped by bodily experience, early relationships, and inscription in language. In this sense, belly dancing is presented as a privileged space where the female body articulates the drive, the libidinal, and the symbolic. Likewise, it is proposed that through movement the dancer performs a reappropriation of her body, investing it libidinally in a structuring narcissistic register, while establishing a connection with the gaze of the other (the audience). In this way, dance would be like a device of subjective expression, in which femininity is constructed and unfolded in movement, allowing a psychic elaboration that transcends the merely aesthetic to be situated in the realm of symbolic experience.

KEY WORDS: Body, Dance, Femininity, Libido, Movement, Narcissism, Drive.

RESUMÉ

Le présent travail propose une lecture psychanalytique de la féminité à partir du corps en mouvement dans la danse du ventre. À travers un parcours théorique sur les apports de Sigmund Freud, sont abordés des concepts tels que pulsion, libido et narcissisme, qui permettent de comprendre la constitution psychique et sexuelle du sujet dès l'enfance. On avance que la féminité n'est pas un fait exclusivement biologique, mais une construction symbolique qui se configure à partir de l'expérience corporelle, des relations précoces et de l'inscription dans le langage. En ce sens, la danse du ventre se présente comme un espace privilégié où le corps féminin articule le pulsionnel, le libidinal et le symbolique.

De même, il est proposé que, par le mouvement, la danseuse réalise une réappropriation de son corps, l'investissant libidinalement dans un registre narcissique structurant, tout en établissant un lien avec le regard de l'autre (le public). De cette manière, la danse sert comme un dispositif d'expression subjective, dans lequel la féminité se construit et se déploie en mouvement, permettant une élaboration psychique qui transcende le simple aspect esthétique pour se situer dans le domaine de l'expérience symbolique.

MOTS-CLÉS: Corps, Danse, Féminité, Libido, Mouvement, Narcissisme, Pulsión.

INTRODUCCIÓN

El presente estudio es de carácter bibliográfico; tiene como objetivo realizar un recorrido por la conceptualización psicoanalítica de la feminidad y vincularla con el cuerpo en movimiento en la danza del vientre. La relevancia de este tema es debido a la escasa producción de artículos que hagan un cruce entre el campo del psicoanálisis con las prácticas dancísticas.

Se empezará por dar una descripción general sobre la danza del vientre, poniendo el acento en el vestuario, su origen y evolución hasta la época actual. Este recorrido permite describir dicha danza en su dimensión histórica y cultural, y nos sirve como marco para su posterior análisis.

Posteriormente, se abordarán los conceptos fundamentales del psicoanálisis como pulsión, libido, narcisismo y feminidad, retomando principalmente los aportes de Sigmund Freud y Françoise Dolto, con el propósito de construir un marco teórico que posibilite la lectura del cuerpo danzante como una expresión de procesos psíquicos.

Para terminar, se propondrá una articulación entre estos conceptos y la danza del vientre, la cual la entendemos como un espacio en el que se artuculan lo pulsional, lo libidinal y lo simbólico, lo que permite pensar a la feminidad como una construcción dinámica que se expresa en el cuerpo en movimiento. De este modo, el trabajo busca aportar una mirada más allá de lo meramente descriptivo, en tanto consideramos que la danza es un campo fértil de reflexión psicoanalítica.

DESARROLLO

¿Qué es la danza del vientre?

Es una danza originaria de los países de Medio Oriente, también conocida como danza egipcia, danza oriental, o en árabe, raks sharqi (danza del pueblo). Sin embargo, en América Latina, también es llamada danza árabe o bellydance [1].

Sus movimientos son sensuales y sinuosos; acompañan cada instrumento y la voz del cantante. Consiste en disociar las diversas partes del cuerpo, realizando ondulaciones de diversos tipos y magnitudes, donde la cadera y el abdomen son los principales protagonistas, sin embargo, también hay acompañamiento del pecho, hombros, manos, cabello y brazos serpenteantes.

En esta danza hay un mínimo movimiento de pies, y se acostumbra bailar descalza, representando la unión con la tierra. Los brazos, cuando no se mueven en forma de serpiente, se mantienen a la altura de los hombros o formando una U, simbolizando a las aves. Dichos movimientos ondulatorios y rotativos, tienen significado: si son lentos, simbolizan la tristeza, el desamor o el amor; en cambio, con los movimientos rápidos, golpes y vibraciones la bailarina expresa alegría [2].

En su mayoría, es interpretada por mujeres solistas, no obstante, debido al crecimiento de interés por este tipo de arte, se logran apreciar coreografías grupales, presentadas principalmente por escuelas o compañías de danza.

Esta danza se ha clasificado en danza tradicional o folclórica y danza de fantasía. La primera tiene vestuarios diferentes dependiendo de la región de origen, y la ejecución de movimientos también varía. En el segundo estilo, el vestuario consiste principalmente en un top o sujetador ajustado (normalmente adornado con piedras o cuentas brillantes y/o monedas), así como en un cinturón llamado caderín o fajilla, ajustado a la cadera (también con monedas o adornos colgantes largos). Se ha visto enriquecido con algunos elementos vistosos como: los velos, sables, velas en candelabros, crótalos, alas de Isis, abanicos de seda, bastones o serpientes, cuyo objetivo es demostrar la destreza de la bailarina al ejecutarlos y hacer más atractiva la presentación.



Imagen sacada de: <http://danzaorientalishtar.com/danza-del-ventre-origen>

Origen de la danza del vientre

Es un estilo de danza realizado en sus orígenes por mujeres, donde a través de movimientos pélvicos y abdominales, se celebraba el poder femenino de generar vida (culto a la fertilidad) y también guardaba relación con la Diosa Madre de las sociedades primitivas. En Egipto, su rol fundamental era de veneración a la diosa Hathor, diosa de la danza, de la sexualidad y de la maternidad; sus sacerdotisas bailaban en los templos. Mientras que, en Mesopotamia, era la diosa Ishtar, importante para el pueblo sumerio, quien representaba la fertilidad, el sexo y el amor [3].

Su origen data aproximadamente de los años 1300–1200 a. C., ya que se encontraron algunos frescos de mujeres danzando en posturas parecidas y vestidas con una falda enrollada en las caderas [1].

Con la llegada del cristianismo y el islam, se suprimió el rol de sexualidad y fertilidad, al ser considerados aspectos paganos. Sin embargo, la danza preexistió con las llamadas gitanas (Ghawazis), que bailaban al aire libre para público de baja clase social y quienes eran tratadas de manera peyorativa en países como Egipto. La vestimenta de estas bailarinas llevaba colores alegres; usaban pantalones bombachos o faldas largas ceñidas a las caderas con fajas anudadas, y portaban muchos adornos como brazaletes, colgantes, monedas y castañuelas [3].

Comenzaron a salir pinturas que retrataban una falsa versión de la danza, al representar a mujeres recostadas, semidesnudas, en harenes frente a varios hombres, creando una mala reputación. Sin embargo, Thomas Edison hizo varias películas con bailarinas de la danza del vientre en la década de 1890, incluyendo mezclas como la danza turca, representada por Ella Lola (1898), Crissie Sheridan (1897) y la princesa Rajah dance (1904) [4].

En 1926, en el Cairo, la bailarina Badia Masabni abrió una sala de fiestas donde presentaba espectáculos, principalmente a público norteamericano y europeo; por ello, se empezaron a incluir pasos de ballet clásico occidental, jazz, flamenco y danza india [3].

La colonización europea en la zona occidental provocó un gran auge cinematográfico de la danza oriental entre finales de los años 30 y mediados de los 50 del siglo XX, por lo cual, clubes nocturnos, restaurantes y teatros se sumaron a su difusión, incorporando cada vez más el escenario para su exhibición. Durante ésta época, bailarinas legendarias como Samia Gamal, Tahiya Karioka y Naima Akef, comenzaron en el club de la ópera casino y alcanzaron fama y reconocimiento internacional [4].

Por otro lado, sus movimientos sensuales y la escasez de vestuario provocaban periódicamente la desaprobación de clérigos musulmanes. Hubo algunas figuras públicas y religiosas en Egipto, países del norte de África y del Medio Oriente que la consideraron indecente y moralmente objetable. Después de que el rey Farouk (último gobernante otomano de Egipto), fue derrocado en 1952, el nuevo representante del gobierno, el Dr. Rageb, prohibió el raks sharki por motivos religiosos [4].

No obstante, pronto llegó a ser claro que la danza del vientre era una de las fuerzas más grandes que atraían el turismo a Egipto y era una parte integral de su cultura; debido a la presión económica y social, la prohibición se levantó en 1954, pero hubo varias restricciones aún vigentes, entre las cuales destaca: el abdomen y pechos deben permanecer cubiertos, el uso de túnicas es obligatorio y está prohibido bailar en el suelo. Pese a lo anterior, se encontraban muy pocas bailarinas de origen, siendo las de mayor número, extranjeras [1].

Actualmente, forma parte de la cultura de la mayoría de los países árabes y se encuentra particularmente desarrollada en Egipto, Líbano y Turquía. En Occidente, ha habido un creciente interés por esta danza, lo que ha llevado a la apertura de escuelas y a la aparición de numerosas y prestigiosas bailarinas [1].

Fundamentos psicoanalíticos del cuerpo y la feminidad

a) La Pulsión (Trieb)

Según James Strachey, en 1895 [5], cuando Freud escribió el Proyecto de psicología, definió la pulsión como una fuerza constante de excitación endógena, enfatizando que el organismo primitivo puede eludir estímulos externos, pero no así las necesidades pulsionales. Posteriormente entre 1900 a 1905, mientras trabajaba con Josef Breuer y redactaba las cartas a Fliess [5], La interpretación de los sueños [5] y Tres ensayos sobre una teoría sexual [5], introdujo el término alemán *Trieb* para nombrarla, mencionando que es un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, así como un representante psíquico de estímulos provenientes del interior del cuerpo.

La pulsión es, entonces, una fuerza constante que actúa desde el interior del organismo humano. La actividad del aparato psíquico se encuentra sometida al principio de placer, es decir, está regulada por sensaciones de placer que disminuyen las magnitudes de excitación en lo anímico, y de displacer [5].

En 1915, en Pulsiones y destinos de pulsión, Freud [5] advierte la existencia de una agencia representante de pulsiones (*Triebreprasentanz*), investida con un determinado monto de energía psíquica (libido, interés). Esta se vincula con la tensión sexual somática (fenómeno químico) y se apuntala en las pulsiones de autoconservación en fases tempranas del desarrollo. Se trata, así, de una instancia psíquica representante de una fuente de estímulos intrasomáticos en continuo fluir. Aquí el autor hace un deslinde entre lo anímico y lo corporal [5].

Dado que la pulsión no puede escapar de sí misma (como sí ocurre con los estímulos externos, frente a los es posible la huida), encuentra destinos posibles al chocar con resistencias, las cuales buscan hacerla inoperante. Así, una condición de su funcionamiento es que el displacer cobre mayor fuerza que el placer de la satisfacción [5].

b) La libido como energía psíquica

Freud, S. en 1905 [6] señala que el concepto de libido puede entenderse como una fuerza cuantitativamente variable, que permite medir los procesos y las transformaciones de la excitación sexual. Asimismo, puede traducirse como interés, en tanto designa la investidura energética que el sujeto dirige hacia objetos o hacia sí mismo.

El narcisismo y la constitución del yo

Freud en 1914 define el narcisismo como: “conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual; vale decir, lo mira con complacencia sexual, lo acaricia, lo mima, hasta que gracias a estos manejos alcanza la satisfacción plena” (71) [7]. Asimismo, afirma: “La libido sustraída del mundo exterior fue conducida al yo, y así surgió una conducta que podemos llamar narcisismo” (72) [7].

Freud [7] Introduce el concepto de narcisismo primario para referirse a una etapa temprana en el desarrollo del bebé, en la cual, no distingue entre el yo y el mundo exterior; es decir, no hay reconocimiento de otros como entidades separadas. En ésta fase, experimenta una sensación de omnipotencia, donde toda la libido está dirigida hacia sí mismo.

A medida que el bebé se desarrolla, comienza a dirigir su amor hacia objetos externos, principalmente hacia su madre, pero también a sus cuidadores. Sin embargo, si este amor no es correspondido o si llegase a enfrentarse a traumas o frustraciones, puede surgir el narcisismo secundario, en el cual la libido es retirada del mundo exterior y dirigida nuevamente hacia sí mismo, funcionando como frente al dolor o el rechazo [7].

Vincula el narcisismo con la relación entre el Yo y el Ideal del Yo, en tanto instancia que encarna la imagen idealizada de sí mismo. De este modo, el sujeto puede enamorarse de esta imagen idealizada, rechazando cualquier crítica que no esté en sintonía con este ideal.

El narcisismo no desaparece con la infancia. Los adultos pueden mostrar rasgos narcisistas cuando priorizan sus propias necesidades y deseos por encima de los demás, buscan constantemente la admiración y validación, o se enfrentan a la crítica mediante la negación o la defensa, lo que puede remitir a conflictos no resueltos en etapas tempranas de desarrollo [7].

La danza del vientre como escenario de simbolización del cuerpo femenino

A partir de los conceptos desarrollados (pulsión, libido y narcisismo) podemos pensar a la danza del vientre, no solo como una práctica estética o cultural, sino como un espacio de expresión y simbolización del cuerpo femenino.

Por un lado, los movimientos pélvicos y abdominales característicos de esta danza remiten a la dimensión pulsional del cuerpo. La pulsión, en tanto fuerza constante que surge desde lo somático hacia lo psíquico, encuentra en el movimiento una vía de tramitación.

Así, la danza puede entenderse como una puesta en forma de la excitación pulsional, de manera que, algo que en otro registro podría ser displacentero, se organiza rítmica y simbólicamente a través del cuerpo.

En este sentido, la disociación de las distintas partes del cuerpo como el abdomen, caderas y pecho, no sólo se pueden leer como una técnica dancística, sino también como una modalidad de apropiación subjetiva del cuerpo, ahí donde la bailarina logra diferenciar, investir y significar zonas corporales, unas que desde el psicoanálisis, se les suele relacionar con la sexualidad y la feminidad.

Por otro lado, el concepto de libido nos permite comprender, cómo a través de la danza, el cuerpo puede ser objeto de investidura. La bailarina moviliza energía psíquica que dirige hacia su propio cuerpo, otorgándole valor, atención y sentido. En este punto, la danza del vientre puede ser un espacio donde la libido retorna al yo sin que necesariamente implique un repliegue patológico, sino una reapropiación libidinal del propio cuerpo, especialmente importante en contextos donde la feminidad ha sido históricamente regulada o reprimida.

Esta dimensión se enlaza con el narcisismo, ya que la danza implica una relación con la propia imagen corporal. El mirarse, sentirse y mostrarse en movimiento implica una forma de narcisismo, uno que no necesariamente es patológico, sino estructurante, en tanto le puede permitir a la bailarina reconocer su cuerpo como propio, ser investido y digno de ser mirado. A su vez, la presencia de un espectador introduce la mirada del Otro, fundamental en la constitución del yo, donde el cuerpo danzante se ofrece como imagen que busca y regula, el reconocimiento.

De este modo, la danza del vientre puede ser comprendida como un espacio en el que se articulan lo corporal y lo psíquico, y no sólo eso, también lo íntimo y lo social, lo pulsional y lo simbólico. En ella, la feminidad aparece como una construcción en movimiento, atravesada por la historia, la cultura y la subjetividad.

La feminidad en la teoría psicoanalítica

Complejo de castración y devenir femenino

Según Freud en 1925 [8], existe en la niña un “complejo de masculinidad” que, si no logra superarlo pronto, puede deparar grandes dificultades al desarrollo hacia la feminidad. Señala que cierta desmentida en la vida anímica infantil no es ni rara ni necesariamente peligrosa, pero en la vida adulta podría adquirir un carácter patológico.

La niña se rehusa a aceptar el hecho de su castración, se afirma y acaricia la convicción de que posee un pene, y puede verse compelida a comportarse en lo sucesivo como si fuera un varón [8].

A partir de los indicios de la envidia del pene, emerge una intensa contracorriente frente al onanismo, que no puede explicarse exclusivamente con el influjo pedagógico de las personas encargadas de la crianza. Esta tensión anticipa la oleada represiva de la pubertad, que eliminará una gran parte de la sexualidad masculina para dejar espacio al desarrollo de la feminidad. De esta manera, el reconocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos impulsa a la niña pequeña a apartarse de la masculinidad y del onanismo masculino, y a encaminarse hacia nuevas vías que llevan al despliegue de la feminidad [8].

La ecuación simbólica y la entrada al Edipo

La libido de la niña se desplaza a lo largo de la ecuación simbólica pene = hijo, lo que implica la renuncia al deseo de poseer un pene para remplazarlo por el deseo de un hijo. En este movimiento, toma al padre como objeto de amor, mientras que la madre pasa a ocupar el lugar de rival, dando lugar a los celos, y la niña deviene una pequeña mujer [8].

En esta nueva configuración, la niña puede llegar a tener sensaciones corporales que han de apreciarse como un prematuro despertar del aparato genital femenino. Y si después esta ligazón con el padre tiene que resignarse por frustración, puede producirse una identificación-padre con la cual la niña retorna al complejo de masculinidad y una posible fijación en este [8].

En la niña, el complejo de Edipo es una formación secundaria, ya que es precedido por el complejo de castración. Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último, produciendo efectos tanto inhibidores de la masculinidad como promotores de la feminidad [8].

Surgen diferencias en la disposición pulsional, que permiten vislumbrar la posterior naturaleza de la mujer. La niña pequeña es por regla general menos agresiva y obstinada, se basta menos a sí misma, parece tener más necesidad de que se le demuestre ternura, y por eso ser más dependiente y dócil (109) [9].

Fase fálica y organización de la sexualidad femenina

Freud señala que, con el ingreso en la fase fálica, las diferencias entre los sexos retroceden en toda la línea ante las concordancias. En este momento, la niña pequeña es como

un “pequeño varón”. La niña se procura sensaciones placenteras con su clitoris, considerado el equivalente del pene. “Parece que en ella todos los actos onanistas tuvieran por teatro este equivalente, y que la vagina, genuinamente femenina, fuera todavía algo no descubierto para ambos sexos” (109) [9].

En este sentido, el clitoris funciona como la zona erógena rectora en la fase fálica. Pero no está destinada a seguir siéndolo; con la vuelta hacia la feminidad, el clitoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ella su valor, y ésta sería una de las dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar.

Elección de objeto y transformación libidinal

Para la niña, el primer objeto de amor es la madre (y las figuras sustitutas como la niñera), en una relación inicialmente fusionada. Éstas primeras investiduras objetales se producen por apuntalamiento en la satisfacción de las necesidades vitales. Posteriormente, en la situación edípica, es el padre quien ha devenido objeto de amor para la niña, y se espera que, en un desarrollo de curso “normal”, la niña encuentre, desde el objeto-padre, el camino hacia la elección definitiva de objeto. Por lo tanto, Este proceso implica una doble transformación: el cambio de objeto (de la madre al padre) y el cambio de zona erógena, lo cual constituye uno de los problemas centrales en la teoría freudiana de la feminidad [9].

La feminidad como construcción simbólica

Los vínculos libidinosos de la niña con la madre son muy diversos. Puesto que atraviesan por las tres fases de la sexualidad infantil, cobran los caracteres de cada una de ellas, se expresan mediante deseos orales, sádico-anales y fálicos.

Desde esta perspectiva, la feminidad no es únicamente un dato biológico, sino una construcción simbólica que se instituye en el lenguaje. Así una hija es un espécimen humano hembra, pero su feminidad le es otorgada como valor en el lenguaje. Este no se limita a lo verbal, sino incluye todos los intercambios sensoriales físicos que permiten la comunicación con el medio humano. Con este medio humano, la niña tiene contactos corporales que toma en un sentido de armonía o desarmonía afectiva e ideativa en su relación con los otros, según las declaraciones y las reacciones de los otros [10].

A través de procesos como la introyección, la niña construye la noción de su feminidad a partir de valores simbólicos positivos que recibe del entorno, concernientes a su ser en el

mundo, su cuerpo, su presencia, su aspecto, y su comportamiento, en este proceso, Dolto en 1998 [10] distingue las siguientes etapas:

Primera etapa. Su acogida en el mundo

A la acogida materna se agrega la acogida del padre y, el primer nombre, femenino o neutro. Este acto introduce a la niña en el orden simbólico, al otorgarle identidad y lugar en la filiación. Cuando los padres no preveían ni esperaba a una niña, no tienen nombre para ella y tardan en encontrarlo. Si sus padres la hubieran preferido varón y lo expresan, la feminidad de la niña, puede expandirse sólo porque se ha abordado con palabras veraces una sensación, una intuición certera de la que hasta ese momento no se había hablado.

Segunda etapa. Reconocimiento de la filiación

Si la madre misma no hace saber a la niña quién es su madre, quién es su padre, o sea no transmite claramente las referencias parentales esa función corresponderá a la instancia educadora.

Estas dos primeras etapas comunican a la niña los fundamentos de su vida simbólica, la noción de sujeto y la de pertenencia.

Tercera etapa. La asignación de valor simbólico

Escuchar hablar de ella al mismo tiempo que se le da su valor de hija. La función fálica de la libido significa que todo lo que tiene valor ético y estético da lugar a intercambios de percepciones entre la madre y la niña: bien, mal, bonito, feo, bello, fuerte, débil, bueno, malo. Así, es importante tener un significante para nombrar su sexo, porque “lo que no se nombra, no es nada” (172) [11].

Cuarta etapa. Erotización y significación del cuerpo

La erotización de las partes genitales comienza temprano, a raíz de la exploración de estas zonas, pero, si no se dice una palabra respecto del sexo, la manipulación erotizante, se vuelve a veces compulsiva. Cuando la niña manifiesta un placer visible por la masturbación genital, es necesario que la madre, al percibirlo, nombre y reconozca esta experiencia, es decir, le diga y nombre en ese momento el lugar donde ella siente visiblemente placer, significándole: ahí es donde eres una verdadera niña, eres como mamá. Por lo general, esto basta para generar narcisismo en ella, para dar significado a sus percepciones e impedir el nacimiento de una masturbación compulsiva, durante la cual, la niña

puede perderse en ensoñaciones y desinteresarse del mundo exterior. Cuando la niña empieza a hablar, si se siente confiada, declarará que tiene ahí un agujero y un botón.

De este modo, cuando la madre nombra y reconoce esta experiencia, introduce una significación que favorece la constitución narcisista y evita fijaciones patológicas.

Cuerpo, feminidad y simbolización en la danza del vientre

A partir de lo anterior, es posible comprender que la feminidad, no es solamente un dato meramente biológico, si no que se configura como un proceso de construcción psíquica y simbólica que encuentra en el cuerpo uno de sus principales escenarios de inscripción. En este sentido, la danza del vientre puede pensarse como un espacio privilegiado donde dicha construcción se hace visible y operante.

Los movimientos ondulatorios, pélvicos y abdominales no solo remiten a una dimensión estética, sino que ponen en juego zonas corporales profundamente ligadas a la sexualidad femenina, cuya significación ha sido históricamente mediada por el lenguaje, la cultura y la mirada del otro. Así, la danza permite una reapropiación del cuerpo, en la medida en que la bailarina no solo lo moviliza, sino que lo inviste libidinalmente, lo reconoce y lo ofrece como superficie de expresión simbólica.

En este proceso, puede observarse una articulación con el narcisismo, entendido no como rasgo patológico, sino como algo que posibilita al sujeto habitar su imagen corporal con cierta cohesión y valor. La escena dancística además, incluye la presencia del otro como espectador, cuya mirada no solamente es externa, ya que también se internaliza, lo que puede participar en la constitución del yo y en la regulación del deseo.

De esta forma, la danza del vientre es como un espacio donde convergen lo pulsional, lo libidinal y lo simbólico, lo que puede permitir tramitar, expresar y resignificar la feminidad en un registro corporal. En ella, el cuerpo deja de ser únicamente objeto de regulación o represión para convertirse en un espacio de creación subjetiva, donde la feminidad se construye, se despliega y se reinscribe en movimiento.

CONCLUSIONES

Los conceptos desarrollados a lo largo de esta investigación, resultan fundamentales para comprender la organización psíquica y sexual desde el psicoanálisis, procesos que tienen su origen en la infancia. De acuerdo con la propuesta de Freud, la feminidad se configura a partir de la entrada al complejo de Edipo, en tanto implica asumir la castración y se reorienta la energía libidinal puesta en un primer momento en el propio cuerpo en la etapa

narcisista primaria, posteriormente dirigida hacia la madre como primer objeto de amor, y finalmente organizada en la fase edípica mediante la ligazón al padre. No obstante, en condiciones favorables, este recorrido permite un retorno al propio cuerpo, ahora resignificado simbólicamente.

En este marco, la danza del vientre puede comprenderse como un espacio en el que dicha organización encuentra una forma de expresión corporal. Al bailar y ejecutar movimientos sinuosos, sensuales y estéticos, la bailarina habita una dinámica donde lo pulsional y lo simbólico se entrelazan, dando lugar a una experiencia en la que la libido se invierte en el cuerpo de la bailarina, pues siente la música y la danza en un registro narcisista estructurante, al mismo tiempo que su ejecución e interpretación, se proyecta al público, contagiándolos de su sentir y de su pasión.

De esta manera, la danza no solo implica una vivencia subjetiva, sino también un acto comunicativo, en el cual la bailarina transmite y comparte su investidura libidinal con el espectador, generando un efecto de resonancia afectiva. Así, la danza del vientre se configura como un dispositivo donde el cuerpo femenino deja de ser únicamente objeto de significaciones culturales o normativas, para convertirse en un espacio activo de elaboración psíquica, en el que la feminidad se construye, se experimenta y se expresa en cada movimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] Wikipedia. (2024-07-21). Disponible en: http://es.wikipedia.org/wiki/Danza_del_vientre
- [2] Escuela de danza–danza del vientre. (2024-07-21). Disponible en: <http://musicalmarti.-com/danza-vientre/escuela-danza-ensenanzas/>
- [3] GALA, ELENA. ¿Cuál es el origen de la Danza Oriental? (2024-07-21). Disponible en: <http://danzaorientalishtar.com/danza-del-vientre-origen>
- [4] Historia de la danza del vientre. (2024-07-21). Disponible en: [http:// www.danzadelvientre.es/historia-de-la-danza-del-vientre.html](http://www.danzadelvientre.es/historia-de-la-danza-del-vientre.html)
- [5] FREUD, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En: Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras. Obras Completas. Tomo XIV. Buenos aires: Amorrortu, 1976.
- [6] FREUD, S. (1905). Tres ensayos sobre una teoría sexual. Obras Completas. Tomo VII. Buenos aires: Amorrortu, 1976.

- [7] FREUD, S. (1914). Introducción al narcicismo. Obras Completas. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [8] FREUD, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En: el yo y el ello y otras obras. Obras Completas. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [9] FREUD, S. (1925). Conferencia 33. La feminidad. En: Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras. Obras Completas. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [10] DOLTO, F. (1998). Capítulo 3. El erotismo femenino: su estructuración en la infancia, sus manifestaciones en la mujer adulta. En: Sexualidad femenina: la libido genital y su destino femenino. Barcelona: Paidós psicología profunda, 2001.
- [11] DOLTO, F. (1998). Lo femenino: artículos y conferencias. Barcelona: Paidós psicología profunda, 2000.

EL ENGAÑO EN EL DESARROLLO EMOCIONAL PRIMITIVO: UNA LECTURA WINNICOTTIANA

CONCEPCIÓN RABADÁN FERNÁNDEZ

Formación en psicoanálisis en la Asociación Psicoanalítica Mexicana (APM). Doctora en Psicología Clínica por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Premio Gabino Barreda; Maestra en Psicología Clínica por la UNAM. Coautora con Jaime Ayala Villarreal del libro Más allá de la terapia de juego, los fundadores y autora del libro Winnicott: clínica de las agonías primitivas y del libro Objeto transicional y objeto self transicional con Winnicott y sus trastornos en las 3 fronteras. Ocupa el cargo en la Dirección Académica del Colegio Internacional de Educación Superior desde el año 1998.

Recepción: 15 de abril 2026/ Aceptación: 14 junio 2026

RESUMEN

El presente trabajo propone una lectura del desarrollo emocional primitivo a partir de la experiencia de engaño en la obra de Donald Winnicott. Se plantea que las distintas formas de engaño observables en la infancia no constituyen inicialmente una expresión de falsedad o manipulación, sino hitos del desarrollo que acompañan la constitución del self (lo propio del ser), los gestos de autonomía, la sobrevivencia del objeto y de diferenciación progresiva entre realidad subjetiva y realidad compartida. A partir de las tres fases del desarrollo emocional primitivo, se distinguen tres modalidades de engaño: **la ilusión creadora, el engaño de la experiencia onnipotente y el engaño intencional**. Estas formas expresan niveles diferentes de integración psíquica, de trazado de fronteras y de reconocimiento de la realidad compartida.

PALABRAS CLAVE: amigo imaginario, ilusión, experiencia onnipotente, fantasía, imaginación, sobrevivencia del objeto, sueño.

SUMMARY

This paper proposes an interpretation of early emotional development based on the experience of deception in the work of Donald Winnicott. It argues that the various forms of deception observed in childhood do not initially constitute expressions of falsehood or mani-

pulation, but rather developmental milestones that accompany the formation of the self, gestures of autonomy, object survival, and the progressive differentiation between subjective and shared reality. Based on the three phases of early emotional development, three modalities of deception are distinguished: creative illusion, the delusion of omnipotent experience, and intentional deception. These forms express different levels of psychic integration, boundary-setting, and recognition of shared reality.

KEY WORDS: imaginary friend, illusion, omnipotent experience, fantasy, imagination, object survival, dream.

RÉSUMÉ

Cet article propose une interprétation du développement émotionnel précoce fondée sur l'expérience de la tromperie dans l'œuvre de Donald Winnicott. Il soutient que les différentes formes de tromperie observées durant l'enfance ne constituent pas initialement des expressions de mensonge ou de manipulation, mais plutôt des étapes développementales accompagnant la construction du soi, les manifestations d'autonomie, la persistance de l'objet et la différenciation progressive entre réalité subjective et réalité partagée. À partir des trois phases du développement émotionnel précoce, trois modalités de tromperie sont distinguées : l'illusion créatrice, le délire d'omnipotence et la tromperie intentionnelle. Ces formes expriment différents niveaux d'intégration psychique, d'établissement des limites et de reconnaissance de la réalité partagée.

MOTS-CLÉS: ami imaginaire, illusion, expérience omnipotente, fantaisie, imagination, survie de l'objet, rêve.

INTRODUCCIÓN

Un fenómeno aparentemente simple —el engaño— se convierte en un organizador del desarrollo emocional con la perspectiva winnicottiana. El engaño considerado no como una conducta moral o una mentira, sino como una capacidad psíquica que emerge de manera progresiva conforme se constituyen las fronteras entre la creación del self (objeto self transicional), la apropiación del ser (self) y el valor de sí mismo ante el objeto de amor.

Desde esta perspectiva, el engaño puede pensarse como un indicador del modo en que el infante transita desde la experiencia omnipotente hacia el acceso a la realidad compartida, la religión y la cultura. No se trata de un mismo engaño en todas las fases del desarro-

llo emocional primitivo, sino de formas distintas de objeto, de fronteras, de relación con el ambiente y con el mundo.

En la tradición moral, el engaño suele asociarse con la mentira, el ocultamiento o la manipulación del otro. Sin embargo, desde una perspectiva winnicottiana, es posible pensar que las raíces del engaño se encuentran mucho antes de la aparición de la mentira consciente. Lo que posteriormente será capacidad para ocultar, simular o engañar se origina en experiencias fundamentales del desarrollo emocional que permiten al niño adquirir cierta independencia al transicionar entre paradojas en el espacio potencial de creatividad al diferenciar entre su mundo subjetivo y la realidad compartida.

La hipótesis de este trabajo es que el engaño acompaña la constitución de las 3 fronteras del mundo interior, futuro aparato psíquico y adopta formas distintas según el momento del desarrollo. Desde la ilusión de crear el pecho, la desaparición omnipotente del bebé al taparse los ojos, hasta la capacidad de distraer deliberadamente a un adulto para por ejemplo a los 2 años de edad obtener una croqueta del plato del perro, se despliega una progresiva complejización de la relación entre ilusión, experiencia de engaño omnipotente, sobrevivencia del objeto, engaño intencional, preocupación por el otro, capacidad para estar solo y realidad compartida.

Primera fase: el engaño de la ilusión creadora y la creación de sí mismo (lo propio del ser)

Durante la dependencia absoluta (3-4-5-6 meses de nacido), el infante vive en un estado de experiencias de omnipotencia subjetiva. Cuando la madre suficientemente buena presenta el pecho en el momento preciso, el infante experimenta la ilusión de haberlo creado. Al crear el pecho se crea a sí mismo (el self), es decir lo propio del ser.

Desde la perspectiva del observador, podría afirmarse que existe un "engaño": el bebé cree crear aquello que ya estaba allí. Sin embargo, para Winnicott esta ilusión no constituye un error que deba corregirse, sino una necesidad existencial durante el desarrollo emocional primitivo.

La madre ambiente participa activamente en esta ilusión. Podría decirse que existe una forma de **engaño compartido entre madre e infante**. La madre permite que el bebé crea que el pecho surge de su gesto creador, favoreciendo así la constitución de un sentimien-

to de sí mismo (objeto self transicional) posibilitándole existir, experimentar una identidad existencial, es decir continuar siendo dentro de las diferentes transiciones.

En esta fase, el engaño no está dirigido a otro. No existe aún un otro diferenciado al que se pretenda engañar, se trata de una relación unicorporal, subjetiva. Se trata más bien de una ilusión constitutiva que permite al infante sentirse creador tanto del objeto como de sí mismo.

Segunda fase: el engaño de la experiencia onnipotente y la apropiación de sí mismo (del self)

Con el avance hacia la dependencia relativa, en la fase depresiva en una primera separación de cuerpos (entre 6 y 18 meses de nacido), el bebé comienza a reconocer que el objeto posee existencia propia. Al poder mirar al pasado el amor cruel primitivo sin intensidad se preocupa por el objeto. Sin embargo, la experiencia onnipotente no desaparece completamente; se transforma y encuentra nuevas formas de expresión.

Un ejemplo privilegiado es el juego del bebé que al cubrirse los ojos desaparece en su totalidad. El adulto participa de este juego en el engaño de que ha desaparecido. **El engaño se convierte en una creación conjunta** que fortalece la capacidad para tolerar la distancia entre la presencia y la ausencia. La situación posee la estructura paradójica característica de los fenómenos transicionales: el objeto desaparece con la potencialidad de aparecer y desaparece con la potencialidad de aparecer.

Tercera fase: el engaño intencional, el valor de sí mismo ante el objeto de amor y la relación triangular

La situación cambia cuando el niño logra una cierta independencia ante la segunda separación de cuerpos (entre los 18 meses y los tres años de edad). Logra reconocer la existencia simultánea de tres personas completas.

Un ejemplo cotidiano consiste en el niño que, colocado en cuclillas frente al plato de comida del perro, toma una croqueta mientras dirige la mirada hacia otro lugar con la intención de distraer al adulto. En este caso aparece una forma de engaño cualitativamente diferente.

Ya no se trata de la ilusión creadora ni del juego compartido de apropiarse de sí mismo mediante la desaparición/aparición de sí mismo y la sobrevivencia del objeto. El niño su-

pone que el adulto posee una personalidad propia e independiente y actúa sobre ella. Comprende que **el otro puede no saber lo que él sabe** y que es posible un engaño personal.

El engaño supone ahora una estructura triangular:

- el valor de sí mismo del niño,
- el objeto deseado,
- el objeto de amor.

Esta situación revela la emergencia de capacidades complejas:

- diferenciación yo/no-yo,
- el trazado de la frontera del yo: adentro-afuera,
- reconocimiento del pensamiento diferente de otros,
- el uso del lenguaje con el No, con los tiempos (presente-pasado-futuro) y el uso de las tres personas: yo, tú, él.

El engaño deja de ser una ilusión y experiencia omnipotente compartida para convertirse en una estrategia propositiva.

Fantasía, imaginación, amigo imaginario y sueño: destinos de la creatividad originaria

Otra de las contribuciones más originales de Winnicott consiste en distinguir diferentes modos de actividad psíquica que suelen confundirse bajo el nombre general de imaginación, fantasía o fantasma. Aunque todas estas experiencias conservan algo de la capacidad creadora originaria de la persona, no cumplen la misma función ni mantienen la misma relación en el mundo interior con el self y con el mundo compartido.

El vacío de la creatividad primaria se llena inicialmente con **la ilusión** de que el infante crea aquello que encuentra; la ilusión eclipsa al vacío. Cuando esta experiencia es suficientemente sostenida por el ambiente -es decir que resiste no dejar caer al bebé, no saber y lo informe-, el bebé desarrolla la capacidad para vivir creativamente. Sin embargo, cuando el mundo interior se vuelve excesivamente intenso, amenazante o desconectado de la experiencia viva, pueden aparecer formas de funcionamiento donde la actividad psíquica del mundo interior deja de estar al servicio del existir.

Winnicott diferencia la vida imaginativa de la actividad fantaseadora entendida como refugio [1]. **La fantasía** opera como una defensa frente al mundo interior: la persona se retira hacia producciones internas que permiten evitar el encuentro con experiencias psicósomas (residencia de la psique en el soma) que aún no pueden ser integradas. Se trata aquí de ocupar el espacio psíquico por no poder habitar plenamente la experiencia.

La leche verdadera resulta satisfactoria en comparación con la leche imaginaria, pero no es esto de lo que se trata. La cuestión reside en el hecho de que en la fantasía las cosas funcionan por magia: la fantasía no tiene freno, y el amor y el odio producen efectos alarmantes. La realidad externa sí tiene freno, puede ser estudiada y conocida, y, de hecho, la fantasía es solamente tolerable en plena operación cuando la realidad objetiva es bien conocida. Lo subjetivo posee un tremendo valor pero resulta tan alarmante y mágico que no puede ser disfrutado salvo paralelamente a lo objetivo (210) [2].

En otro trabajo explica:

La fantasía forma parte del esfuerzo que realiza el individuo para afrontar la realidad interior [...] El individuo llega a la realidad externa a través de las fantasías omnipotentes elaboradas dentro del esfuerzo para alejarse de la realidad interior (178) [3];

Alrededor de 1960 sostiene este planteamiento: “Se observará que aquí actúa un factor tiempo que es distinto según que esté fantaseando o imaginando. **En el fantaseo lo que ocurre se produce inmediatamente, aparte de que no ocurre en modo alguno.** En el análisis se reconoce la diferencia de estos dos estados semejantes, fantasía e imaginación, porque si el analista los busca siempre encuentra indicios de la disociación existente en la fantasía” (48-49) [1] (192) [4].

Como ejemplo de fantasía se encuentra Hela la diosa de la muerte nórdica en la mente de Leonardo quien llegó a consulta a sus 22 años de edad, que se puede comprender como miedo al derrumbe, quien explicó que tenía “el tiempo atorado”. Decidió cambiarse de la preparatoria presencial, al sistema abierto, una idea que no resultó como él la pensaba; tenía problemas de sueño desde la secundaria, es decir, dormía mejor en el día, se dormía a las tres o cuatro de la madrugada. Le quedaban unas materias pendientes de la preparatoria; empezó a dejar pasar el tiempo, él tenía sus ideas de por qué no lo había hecho, ideas que iría explicando a lo largo de la psicoterapia psicoanalítica. “Lo que a mí me cuesta trabajo no es acomodar mis tiempos, no sé por qué decidí dejarla, me da mie-

do tener que elegir". Su mamá le decía que se concentraba en las cosas que según él había fracasado. Se consideraba analítico, maduro, había sido autodidacta. Mantenía todo el tiempo una forma de autoobservación, había elaborado sus propias teorías para explicar su aislamiento y en general sus conductas; contaba con toda una teoría elaborada sobre su persona y sobre su vida. Es decir la mente en vez de ayudar en dar continuidad a la variabilidad psique-soma, se encontraba haciendo psique; un pensamiento madre (por lo que se puede ubicar como un caso de miedo al derrumbe con el centro del self en el pensamiento). En la segunda sesión quería colocar una grabadora para después poder volver a escuchar la sesión cuando él lo decidiera; ¿la mente (grabadora) haciendo psique (terapia)? En la tercera sesión comunicó que quería empezar sabiendo todo y explicó a la terapeuta todo lo que ha leído de psicoanálisis; le gustaba leer, no había límites, le había interesado ir a esos límites. Siempre se había sentido raro. Sentía que los demás no lo comprendían y no le captaban cosas. El con sus propios recursos había tratado de entender por qué se aisló terminando la secundaria. Como piezas de ajedrez, dijo, son varias cosas, "mi papá regresó a vivir a la casa, yo empecé a irme a vivir con mi abuela, me separo y rompo con mi novia, decido hacer la preparatoria por mi cuenta". Ahora puede decir que tuvo depresión, en aquel entonces sólo que se encontraba agotado; se la pasaba viendo televisión y durmiendo. Un día de estos se sentía muy mal: "en mi mente veía a Hela la diosa de la muerte nórdica". Entonces recordó a sus seis años que se encontraba en casa de un amigo, salieron al patio y al fondo la figura de Hela grandota, no supo por dónde se metió: "me estaba queriendo fregar, no podía salir, sentí miedo, la figura me impresionó. Haber estado afuera, alguien me lo hizo, ¡me tuve que orinar ahí!". El terapeuta se preguntaba si el haber sido arrojado le ocasionaba tristeza o tal vez coraje y si el encontrarse orinado le generaba vergüenza, a lo que en las asociaciones durante el proceso de actualización, relató que las dos partes, la del final de la secundaria y la de los seis años, son como sueños que le pasaron de verdad. El sentía que las imágenes tenían un poder por sí mismas. Explicó **"no es sensación de miedo es una sensación de materialidad pura, como si te estuvieras desintegrando en parte"**. Se puede observar la disociación existente en la fantasía (48-49) [1].

La imaginación, por el contrario, representa una forma más integrada de creatividad. Permite explorar posibilidades, transformar experiencias y ampliar el campo de la vida subjetiva sin perder el contacto con la realidad compartida. La imaginación conserva la continuidad con el gesto espontáneo y con el área transicional; crea sin necesidad de abandonar el mundo. Allí donde la fantasía defensiva tiende a la disociación, la imaginación abre caminos en el espacio transicional, entre la experiencia interna y la realidad. **El**

pensar como un aspecto de la imaginación creadora, cataloga, categoriza y coteja (186) [5].

Un ejemplo de imaginación que S. Freud llama fantasía o fantasma y Lacan mito es el del instalador que le cambia el trasero, lo ha llevado a convertirse en otro Juanito; el 2 de mayo transcurridos 4 meses, cerca de la terminación del tratamiento de la fobia a los caballos y contando con 5 años de edad, relata el siguiente fantasma (imaginación para Winnicott):

Primero la tiene olvidada, luego la cuenta en medio de considerables resistencias: Hans: Ha venido el instalador y con unas tenazas me ha quitado primero el trasero y después me ha dado otro, y después el hace-pipí. Él ha dicho: “enseña el trasero”, y yo he tenido que darme vuelta, y él lo ha quitado y luego ha dicho: “enseña el hace-pipí”. El padre aprehende el carácter de la **fantasía de deseo** y no duda ni un momento acerca de la única interpretación autorizada.

Yo: El te ha dado un hace-pipí más grande y un trasero más grande.

Hans: Sí.

Yo: ¿Como los de papi, porque te gustaría ser el papi?.

Hans: Sí, y también me gustaría tener unos bigotes como los tuyos y ese pelo (señala el de mi pecho)[6].

El amigo imaginario ocupa una posición intermedia particularmente interesante. No debe entenderse simplemente como una fantasía ni como un síntoma de confusión entre realidad y ficción. El amigo imaginario habita una zona paradójica: es creado y encontrado al mismo tiempo. El niño sabe y no sabe que proviene de sí mismo. Por ello, expresa una conquista existencial, de tercera zona de experiencia, más que una defensa. Logra olvidar, por un momento, las necesidades fisiológicas; logra estar relajado estando no integrado.

Por ejemplo, la creación del compañero imaginario es primitiva y mágica y no se trata de simples construcciones de la fantasía. Se emplea fácilmente a modo de defensa, ya que mágicamente dejan a un lado todas las angustias asociadas con la incorporación, digestión, retención y expulsión (207) [7] .

Si en la neurosis **el sueño** fue pensado clásicamente como una realización de deseo, desde el desarrollo emocional primitivo el fenómeno onírico puede abordarse desde otras perspectivas. El sueño puede comprenderse como una organización psíquica al servicio de la regresión hacia estados tempranos de dependencia, donde se reactivan experiencias vinculadas con el sostén y la continuidad del ser. En esta línea, Masud Khan propone pensar el dormir soñando como una forma de habitar un espacio potencial para experiencias del self, es decir, como una condición que permite a la persona encontrarse consigo misma en una zona intermedia entre retiro y creatividad [8]. Asimismo, el sueño puede entenderse como un proceso de consolidación psíquica y existencial, mediante el cual ciertas experiencias emocionales alcanzan integración y continuidad dentro del desarrollo del self [9].

Desde este enfoque, fantasía, imaginación, amigo imaginario y sueño no representan grados de una misma función, sino diferentes destinos de la creatividad originaria. La diferencia central no radica en si la persona produce imágenes internas, sino en si dichas producciones amplían la experiencia de existir o si, por el contrario, funcionan como defensa frente al encuentro con el propio mundo interior.

El amigo imaginario, la imaginación y el sueño conservan algo de la ilusión creadora y de funcionamiento del espacio transicional, mientras que la fantasía defensiva introduce una disociación entre crear y habitar lo creado.

Espacio transicional

No se puede estudiar las aportaciones de este pediatra y psicoanalista inglés sin incluir su gran aportación teórica y clínica. Como él lo explica:

Sin duda alguna, el concepto de objeto transicional y de fenómenos transicionales me llevó a querer estudiar esa zona intermedia que tiene que ver con la experiencia de vivir, y que no es ni sueño ni relación de objeto. Al mismo tiempo que no es ni lo uno ni lo otro, es también ambas cosas. Esta es la paradoja esencial, y en mi artículo sobre los fenómenos transicionales la parte más importante (en mi opinión), es cuando sostengo que tenemos que aceptar la paradoja, no resolverla. Los objetos y los fenómenos transicionales son universales y variables. El estudio de los fenómenos transicionales suministra un fundamento valioso al investigador del crecimiento y del desarrollo humano (247) [10].

La alteración del engaño en la tendencia antisocial y la alteración en el valor del sí mismo (self o lo propio del ser)

Si en el desarrollo saludable el engaño acompaña la diferenciación progresiva entre ilusión, experiencia omnipotente, sobrevivencia del objeto, juego y realidad compartida, en la tendencia antisocial esta capacidad puede sufrir una alteración significativa. Para Donald Winnicott, la tendencia antisocial no constituye simplemente una conducta desviada ni una expresión de maldad, sino la consecuencia de una privación del objeto de amor ocurrida después de que el niño hubiera conocido una experiencia suficientemente buena [11]. Lo que se encuentra en juego no es únicamente la transgresión de una norma, sino la búsqueda de algo que se ha perdido. Lo robado o la mentira como algo que le da propiedad sobre el valor de su ser, o que protege el valor al self.

Desde esta perspectiva, el engaño propio de la tendencia antisocial deja de estar al servicio del juego o de la exploración de la alteridad y se pone al servicio de la recuperación del objeto de amor perdido o de la pérdida del valor de sí mismo. El niño que oculta, miente o distrae ya no busca solamente comprobar que el otro posee un pensamiento distinto del suyo, como ocurría en la segunda fase del desarrollo emocional, sino que intenta obtener algo que siente que le pertenece de manera legítima. La transgresión conserva, en este sentido, una dimensión paradójica: el sujeto toma aquello que considera perdido en relación al valor que le da propiedad sobre sí mismo y cuya ausencia continúa reclamando.

Mientras que el engaño saludable supone la aceptación creciente de la separación entre el self - el no self y el self y el objeto, en la tendencia antisocial aparece un intento de negar o buscar activamente una pérdida de objeto de amor o de valor de sí mismo ante este objeto que no ha podido ser elaborada. La capacidad de engañar ya no se organiza principalmente alrededor del espacio potencial de creatividad como es el del juego, sino alrededor de la esperanza de encontrar un ambiente que responda. Por ello, Winnicott considera que la conducta antisocial contiene un núcleo de esperanza: la persona todavía espera que alguien advierta su sufrimiento, sobreviva a sus ataques y restablezca los límites y cuidados que han sido lastimados.

Podría decirse que el engaño se desarrolla, en condiciones favorables, desde la ilusión creadora hacia el juego compartido y posteriormente hacia el reconocimiento de la existencia del otro. En la tendencia antisocial, en cambio, el engaño pierde parcialmente su

función lúdica y simbólica para convertirse en una acción dirigida a provocar una respuesta ambiental. El otro deja de ser únicamente un compañero de juego o un observador diferenciado y vuelve a ocupar el lugar de un ambiente cuya confiabilidad está siendo puesta a prueba.

De este modo, las mentiras, ocultamientos o maniobras engañosas presentes en algunos niños con tendencia antisocial no deben interpretarse únicamente como intentos de evitar el castigo. Con frecuencia constituyen una forma de comunicación que expresa una demanda más profunda: la necesidad de encontrar un ambiente suficientemente firme y suficientemente vivo como para reconocer la pérdida sufrida y responder a ella. Allí donde el engaño saludable contribuye a la constitución de un mundo compartido, el engaño antisocial testimonia una disociación entre la experiencia con el objeto de amor y el valor de sí mismo y un esfuerzo por restablecerla.

El engaño y las fronteras del self

Las tres formas de engaño corresponden a tres modos distintos de organización de la personalidad (con vida psicosomática).

En la primera frontera, la del ser, predomina **la ilusión creadora**.

En la segunda frontera, la de la envoltura psíquica por la piel, aparece la experiencia del **engaño omnipotente** de taparse los ojos y desaparecer; y el juego de presencia-absencia.

En la tercera frontera, la del yo y el no-yo, emerge **el engaño intencional**.

Lo que cambia no es solamente la conducta, sino la estructura de la organización de la relación con la realidad. El niño pasa de crear subjetivamente el mundo a jugar con él y, finalmente, a reconocerlo como independiente mientras intenta influir sobre él.

CONCLUSIÓN

Desde una perspectiva winnicottiana, el engaño no debe entenderse inicialmente como una desviación moral, sino como una manifestación del desarrollo emocional. Las distintas formas de engaño revelan el modo en que la persona construye progresivamente la diferencia entre fantasía, imaginación, amigo imaginario, sueño y realidad; entre self y objeto; entre la experiencia omnipotente, la capacidad de colocar al objeto fuera del área de control omnipotente, del self, y a la vez la capacidad de preocupación por el otro, la capacidad para estar solo. En este sentido, la capacidad de engañar constituye también una

expresión de creatividad, juego y complejización de la vida psíquica, acompañando la constitución de las fronteras fundamentales del mundo interior futuro aparato psíquico: yo self, yo piel y del yo.

Esta idea desplaza el problema del engaño desde la ética de la mentira hacia una metapsicología del espacio potencial de creatividad entre las paradojas que facilitan: la ilusión, la sobrevivencia del objeto y del sí mismo; el juego y la constitución del mundo compartido. El funcionamiento del espacio transicional entre los fenómenos transicionales, el objeto transicional y la tercera zona de experiencia.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] WINNICOTT, D.W. (¿1960? ¿1962?). El Sueños, fantasía y vida. Historia de un caso que describe una disociación primaria. En: Realidad y juego. Barcelona: Gedisa, 1971.
- [2] WINNICOTT, D.W. (1945). Desarrollo emocional primitivo. En: Escritos de pediatría y psicoanálisis. Barcelona: Espasa, 2012.
- [3] WINNICOTT, D.W. (1935). La defensa maníaca. En: Escritos de pediatría y psicoanálisis. Barcelona: Espasa, 2012.
- [4] NEWMAN, A. (1995). Non-compliance in Winnicott' s words. Nueva York: University Press, 1995.
- [5] WINNICOTT, D.W.(1965). Nuevos esclarecimientos sobre el pensar de los niños. En: Exploraciones psicoanalíticas I. Buenos Aires: Paidós, 1993.
- [6] FREUD, S. (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. O. C. X. Buenos Aires: Amorrortu, 1975.
- [7] WINNICOTT, D.W. (1945). Desarrollo emocional primitivo. En: Escritos de pediatría y psicoanálisis. Barcelona: Espasa, 2012.
- [8] KHAN, M. MASUD, R. (1983). Beyond the dreaming experience. En: Hidden selves (1983). Nueva York: Routledge, 2018.
- [9] WINNICOTT D.W. (1969). Posfacio:D.W.W sobre D.W.W. En: Exploraciones psicoanalíticas II. Buenos Aires: Paidós, 2009.

- [10] WINNICOTT, D.W. (1968). El jugar y la cultura. En: Exploraciones psicoanalíticas I. Buenos Aires: Paidós, 1993.
- [11] WINNICOTT, D.W. (1956). La tendencia antisocial. En: Deprivación y delincuencia. Buenos Aires: Paidós.

EN LA INTERDISCIPLINA

EI EXTRAÍO EN EL LABERINTO: LA PERMANENCIA DE MUJERES EN RELACIONES VIOLENTAS. "UN CUENTO PARA CONTAR"

DOLORES PATRICIA MARTÍNEZ MÉNDEZ

Licenciada en Psicología egresada de la Universidad Nacional Autónoma de México. Especialización Internacional en Tanatología Integral. Ex-becaria de The Japan International Cooperation Agency under the International Cooperation Programme of the Government of Japan (Social Welfare). Voluntaria del programa de Psicología en Desastres "Apside" desde 1997. Psicóloga clínica en el Centro de Justicia para las Mujeres. Actualmente maestrante en psicoterapia psicoanalítica en el Colegio Internacional de Educación Superior (CiES). Práctica privada.

Recepción: 02 febrero 2026/ Aceptación: 07 junio 2026

RESUMEN

En este documento se propone identificar la problemática centrada en la permanencia de las mujeres en relaciones en las que son violentadas, así como los posibles atrapamientos que las sostienen y los retos implícitos para salir de estas relaciones. El análisis se centra en las dinámicas psicoanalíticas subyacentes en la configuración de dichos vínculos, particularmente la idealización del amor romántico y el contrato narcisista, articulándolas de manera complementaria con la propuesta del modelo del laberinto de la violencia patriarcal.

A través del análisis del cuento "La niña y el sapo", se examinan los mecanismos psíquicos y socioculturales que contribuyen a la permanencia en relaciones violentas, tales como la negación de la realidad, la idealización del otro y la internalización de discursos sociales que promueven la subordinación femenina. El cuento permite ilustrar de forma metafórica cómo estos procesos operan de manera progresiva, atrapando a las mujeres en dinámicas de fascinación, confusión y extravío.

El trabajo no busca una fusión teórica entre la psicología sistémica y el psicoanálisis, sino una lectura complementaria que permita comprender la complejidad del fenómeno, subra-

yando que la permanencia en relaciones violentas no responde solamente a decisiones individuales, sino a un entramado psíquico, relacional y sociocultural.

PALABRAS CLAVE: Amor romántico, Contrato Narcisista, Laberinto Patriarcal, La niña y el sapo, Mujeres, Permanencia en relaciones violentas.

SUMMARY

This document aims to identify the problem of women remaining in abusive relationships, as well as the potential traps that sustain them and the implicit challenges of leaving these relationships. The analysis focuses on the psychoanalytic dynamics underlying the configuration of such relationships, particularly the idealization of romantic love and the narcissistic contract, articulating them in a complementary way with the proposed model of the labyrinth of patriarchal violence. Through an analysis of the short story "The Girl and the Toad," the psychological and sociocultural mechanisms that contribute to remaining in abusive relationships are examined, such as denial of reality, idealization of the other, and the internalization of social discourses that promote female subordination. The story metaphorically illustrates how these processes operate progressively, trapping women in dynamics of fascination, confusion, and disorientation. The work does not seek a theoretical fusion between systemic psychology and psychoanalysis, but a complementary reading that allows understanding the complexity of the phenomenon, emphasizing that remaining in violent relationships does not only respond to individual decisions, but to a psychic, relational and sociocultural framework.

KEYWORDS: Romantic love, Narcissistic contract, Patriarchal labyrinth, The girl and the toad, Women, Staying in violent relationships.

RÉSUMÉ

Ce document vise à identifier le problème des femmes qui restent dans des relations abusives, ainsi que les pièges potentiels qui les y maintiennent et les difficultés implicites liées à la rupture de ces relations. L'analyse se concentre sur les dynamiques psychanalytiques sous-jacentes à la configuration de ces relations, en particulier l'idéalisation de l'amour romantique et le contrat narcissique, en les articulant de manière complémentaire avec le modèle proposé du labyrinthe de la violence patriarcale. À travers l'analyse de la nouvelle « La Fille et le Crapaud », les mécanismes psychologiques et socioculturels qui contribuent au maintien des femmes dans des relations abusives sont examinés, tels que le déni de la réalité, l'idéalisation de l'autre et l'intériorisation des discours sociaux qui promeuvent la subordination des femmes. La nouvelle illustre métaphoriquement la progres-

sion de ces processus, piégeant les femmes dans une dynamique de fascination, de confusion et de désorientation. Ce travail ne vise pas une fusion théorique entre la psychologie systémique et la psychanalyse, mais une lecture complémentaire permettant de comprendre la complexité du phénomène, en soulignant que le maintien dans des relations violentes ne relève pas uniquement de décisions individuelles, mais s'inscrit dans un cadre psychique, relationnel et socioculturel.

MOTS-CLÉS: Amour romantique, contrat narcissique, labyrinthe patriarcal, la fille et le crapaud, les femmes, rester dans des relations violentes.

Se hizo un libreto que se iba creyendo,
Mentiras que iba ofreciendo,
Hoy solo me queda el lamento.
Me dijo, "Todo esto quizás lo merezco"
Seguro mañana despierto y el tipo me dice, "Lo siento".
Y se apagó como se apaga una vela encendida,
Se sopla de golpe, se cierra la llama, y se acaba la vida.
(Se portaba mal, Kany García y Mon Laferte)

“Dedicado a ellas que no lo lograron y fueron víctimas de feminicidio”

INTRODUCCIÓN

El objetivo de esta investigación es explorar y analizar la permanencia de las mujeres en relaciones heterosexuales violentas, vista desde dos perspectivas: por un lado, mediante el modelo del laberinto de la violencia patriarcal propuesto por la psicología sistémica, y por otro, desde la mirada del psicoanálisis a través de la idealización del amor romántico y los postulados de Piera Aulagnier referentes al contrato narcisista; apoyándonos en el análisis del cuento "La niña y el sapo", como una reflexión para discutir los desafíos que enfrentan las mujeres al intentar salir de este tipo de relaciones.

La violencia de género es un fenómeno complejo y multifacético que afecta a millones de mujeres en todo el mundo. A pesar de los avances en la legislación y la concientización social, muchas mujeres siguen atrapadas en relaciones violentas, enfrentando enormes desafíos para salir de ellas, desafortunadamente, algunas no lo logran y terminan siendo víctimas de feminicidio.

Una de las formas en las que se visibiliza esta problemática es a través de las cifras que ofrecen algunas instancias, como el INEGI, el cual señala que en 2023 se registraron un promedio de 10.3 feminicidios diarios, sin embargo, estas cifras se advierten en función

de los decesos de mujeres que sufren violencia doméstica, no obstante, no se contabilizan las mujeres que, siendo víctimas de violencia no se atreven a denunciar los hechos.

El cuento de “La niña y el sapo” ofrece una rica narrativa simbólica que refleja las dificultades y los dilemas que enfrentan las mujeres en estas circunstancias; a través de un análisis psicoanalítico se pretende advertir algunos de los mecanismos inconscientes que podrían perpetuar la violencia y dificultar la salida de estas relaciones. Asimismo, se delineará la influencia de la violencia patriarcal que, como muro, dificulta la salida de ese laberinto.

Este estudio tiene como objetivo no solo enriquecer el conocimiento académico, sino también ofrecer una nueva perspectiva para identificar los posibles atrapamientos que enfrentan las mujeres en situaciones de relaciones destructivas, las cuales amenazan su bienestar y su vida; una situación que podría ser difícil de entender desde el exterior. Y aunque el psicoanálisis proporciona diversas explicaciones sobre este fenómeno, en esta propuesta nos centraremos en las ideas de Piera Aulagnier, basándonos en la internalización de modelos y discursos sociales que pueden ofrecer otra perspectiva para poder comprender esta condición.

DESARROLLO

El modelo del laberinto de la violencia patriarcal

La permanencia de mujeres en relaciones de pareja marcadas por la violencia es un fenómeno que despierta inquietudes en diversos sectores de la sociedad, incluyendo familiares, amigos y profesionales del comportamiento humano. La pregunta que surge entre aquellos que conocen la situación de estas mujeres es: ¿por qué algunas de ellas, permanecen en relaciones donde son constantemente violentadas por su pareja?

Esta interrogante refleja no solo una preocupación por el bienestar de las víctimas, sino también la necesidad de comprender las complejas dinámicas que influyen en estas decisiones. Si bien existen múltiples factores que pueden contribuir a esta permanencia, tales como aspectos económicos y sociales, que merecen un análisis profundo y sensible, trataremos también de advertir otras directrices que nos arrojen mayor información al respecto.

Una de las explicaciones que se plantean desde la psicología sistémica es a través de un modelo que lo denominan el laberinto de la violencia patriarcal, propuesto por Bosch, Ferrer y Alzamora [1]. En esta propuesta se destaca cómo las expectativas amorosas y los

ideales de vida en pareja influyen en la percepción y comportamiento de mujeres que se encuentran inmersas en relaciones disfuncionales.

Este modelo postula la existencia de cuatro fases clave en la relación, en las que las mujeres se adentran progresivamente hasta sentirse desorientadas. Inicialmente, se presenta una fase de **fascinación**, en la cual se idealiza a la pareja y se generan expectativas amorosas tan elevadas que se pasan por alto señales de violencia. Posteriormente, se atraviesa por una etapa de **reto**, en la que se intenta cambiar tanto a sí misma como a la pareja, justificando el maltrato con la creencia de que el amor puede transformar la situación. Después, se manifiesta una fase de **confusión**, caracterizada por la falta de bienestar en la relación, lo que lleva a la mujer a cuestionar sus decisiones y su valía, afectando negativamente su autoestima. Finalmente, se experimenta un **extravío** al no lograr el bienestar deseado, lo que disminuye la autoaceptación y desencadena un profundo proceso de autocuestionamiento, acompañado de una sensación de estar perdida [2].

A medida que las mujeres se adentran en la relación, se encuentran con tácticas de control por parte del agresor, que pueden aparecer de manera sutil al principio, lo que frecuentemente conduce a un ciclo de violencia que se va agravando con el tiempo.

Según este modelo las etapas por las que pasa una mujer víctima de maltrato, tiene que ver con la imagen de un laberinto que está formado por **tres anillos**, cada uno de los mismos representa los diferentes momentos que van atravesando con el tiempo y que acaban llevándolas a sentirse atrapadas en relaciones de violencia.

El primer anillo

El primer anillo, o la entrada al laberinto de la violencia patriarcal, se caracteriza por la asimilación de ideas socialmente arraigadas sobre el amor, la vida familiar y los roles de género. Estas creencias y mitos tradicionales facilitan el establecimiento de relaciones desiguales entre hombres y mujeres. Durante esta etapa, la mujer desarrolla altas expectativas sobre el amor, lo que la lleva a idealizar a su pareja y, progresivamente, a ceder parte de su autonomía, permitiendo que el maltratador comience a ejercer control a través de quejas, críticas y demandas excesivas.

Segundo anillo

Se distingue por la manifestación de las primeras agresiones físicas, la intensificación del aislamiento y la disminución de la independencia de la mujer. En esta etapa, la mujer comienza a adoptar estrategias de sumisión, como el silencio y la obediencia, para evitar la

violencia. El maltratador, por su parte, emplea tácticas de control basadas en el miedo, las amenazas y la denigración, generando inseguridad en la pareja con frases como "eres una inútil" o "no puedes vivir sin mí". Además, minimiza la violencia y bloquea las salidas, impidiendo el contacto con familiares y amigos y fomentando la dependencia económica de la mujer.

Tercer anillo del laberinto

Este anillo del laberinto representa el núcleo de la situación de violencia, donde el miedo se ha instaurado y la agresión se ha vuelto una constante en la vida de las mujeres. En esta fase, las estrategias de la víctima se centran en la supervivencia, priorizando la protección propia y de sus hijos, así como la evitación de explosiones de violencia. Este entorno de agresión física y psicológica genera un estado permanente de miedo y estrés, lo que debilita su confianza y su sentido de capacidad, dificultando significativamente la búsqueda de ayuda o la salida de la relación.

Para la sociedad externa, esta etapa puede ser malinterpretada como una aceptación de la situación, cuando en realidad la mujer se encuentra completamente atrapada en un laberinto de violencia.

El enamoramiento desde el psicoanálisis y la sociología: la idealización de la pareja.

Desde la perspectiva psicoanalítica, Freud en 1905 [3] conceptualiza el amor como un "reencuentro" con un objeto perdido, una indagación profunda que brota de los recuerdos lejanos de esas experiencias infantiles tempranas. La elección de objeto advierte es guiada por los indicios infantiles, renovados en la pubertad, de inclinación sexual del niño hacia sus padres y los encargados de su cuidado, así refiere: "la inclinación infantil hacia los padres es sin duda la más importante, pero no la única, de las sendas que, renovadas en la pubertad, marcan después el camino a la elección de objeto" (208) [3]. Este proceso implica que el amor no es solo una elección, sino que está profundamente condicionado por las relaciones que el sujeto estableció en su infancia con sus cuidadores, objetos internos y su mundo afectivo.

Estas primeras experiencias, que conforman una estructura psíquica previa, actúan como antecedente y moldean la manera en que el individuo busca establecer vínculos posteriores.

Freud en 1921 [4] también explica que, en el marco del enamoramiento, el objeto amado goza de cierta exención de la crítica y sus cualidades son mucho más estimadas que en las personas a quienes no se ama, siendo la idealización la que falsea el juicio.

Asimismo, rasgos de humillación, restricción del narcisismo y perjuicio de sí mismo, están presentes en todos los casos de enamoramiento, refiriéndose al hecho de la siguiente manera: “en el enamoramiento el yo resigna cada vez más todo reclamo, se vuelve más modesto, al par que el objeto se hace más grandioso y valioso; al final llega a poseer todo el amor de sí mismo del yo” (107) [4].

Por esta razón, Freud nos dice que no hay momento en el que nos sintamos más vulnerables al sufrimiento que cuando amamos, y nuestra desdicha es más profunda cuando hemos perdido a la persona querida o su afecto.

El concepto de amor tiene una importancia fundamental en la vida del ser humano, desde tiempos inmemorables este tema ha estado presente en el pensamiento de los que transcriben la historia. Por ejemplo, en "El Banquete", Platón [5] dice que los humanos originalmente eran seres completos y que, debido a su iniquidad, fueron separados en mitades, por lo que cada uno busca reunirse con su otra mitad para volver a ser completo y así alcanzar la felicidad: “me estoy refiriendo a todos, hombres y mujeres, cuando digo que nuestra raza sólo podría llegar a ser plenamente feliz si lleváramos el amor a su culminación y cada uno encontrara el amado que le pertenece retornando a su antigua naturaleza” (22) [5].

La idea platónica de que los humanos eran originalmente seres completos, y que el amor es la búsqueda para reunirse con esa otra mitad y volver a la felicidad, refleja cómo el amor funciona como un andamiaje central en la conceptualización del ser humano, pero de manera “especial” en la constitución de la feminidad.

Desde el punto de vista psicoanalítico, en el desarrollo psicosexual la niña, al enfrentarse a su castración y experimentar una herida narcisista por la falta de pene, pasa de la actividad a la pasividad en un proceso de internalización y transformación, con la esperanza, en la fantasía, de recibir un hijo del padre [6]. Esto sugiere que la búsqueda de amor y reconocimiento es esencial en la construcción de su identidad, la mujer intenta lograr una plenitud que la acerque a esa condición de totalidad perdida.

En el análisis del concepto de falta en la mujer, resulta importante entender cómo ésta inocular en su subjetividad un vacío que genera una búsqueda constante de completud. Según Lacan, citado por Molina en 2022 [7], la mujer no posee una representación simbó-

lica del sexo en sí misma, ya que la estructura simbólica que regula el deseo masculino está basada en la existencia del falo, un elemento que la mujer, por definición, no posee en forma simbólica.

Como señala Irigaray en 1974 en [7], este vacío, o falta, que Lacan identifica como inherente a la construcción del deseo femenino, funciona como un motor que impulsa a la mujer a buscar en otros un sentido de plenitud, y explica que, en la estructura simbólica, la mujer carece de un material que pueda simbolizarse directamente, lo que la lleva a recurrir a su cuerpo, particularmente a la imagen de su deseo dirigido hacia el otro, en la búsqueda de significado y completud mediante el amor y el sexo.

Esta búsqueda, sin embargo, resulta insaciable porque la falta no es solo un vacío simbólico, sino también un vacío de sentido que solo puede ser parcialmente llenado; nunca plenamente satisfecho, este deseo se convierte en una necesidad continua de llenar ese hueco que, por definición, nunca puede cerrarse del todo.

Desde la perspectiva sociológica, se reconoce que los roles sociales asignados a cada sexo influyen de manera significativa en la dinámica de las relaciones. García en 2008 [8] señala que la mitología del amor impone a las mujeres un estándar que las ubica en un rol pasivo, en el que deben esperar la llegada de un hombre y depender de una figura masculina que les brinde cuidado y afecto para obtener valor y respeto en la sociedad.

Esta idea de García retoma los planteamientos de Millett en 1984, quien afirma: "El amor ha sido el opio de las mujeres, así como la religión lo ha sido de las masas. Mientras nosotras amábamos, los hombres gobernaban" (17) en [8]. Y continua argumentando que el amor romántico se configura como una herramienta que distrae a las mujeres con ideales de amor, mientras los hombres persiguen metas y prestigio en diversas áreas como el ámbito laboral, social, económico, deportivo, político y cultural.

El amor romántico se convierte en un fenómeno que moldea los discursos y expectativas de las mujeres, quienes frecuentemente anhelan encontrar a su "media naranja" o "príncipe azul". Esta concepción incluye creencias arraigadas en la noción de que el amor puede superar cualquier obstáculo, así como la idea de una pareja predestinada que promete una complementación total. A menudo, se idealiza al otro como un ser casi perfecto, capaz de resolver las dificultades de la vida, generando expectativas de exclusividad en la relación. Este paradigma puede llevar a la normalización de la posesión y los celos, todo en nombre de un amor que, perpetuado por la cultura popular, se presenta como un ideal digno de cualquier sacrificio.

Es pertinente puntualizar un mecanismo subyacente en la noción de complementación, el cual es la idealización. Desde una perspectiva psicoanalítica, este mecanismo se entiende como una manifestación de los procesos tempranos y fundamentales de la psique.

Es Melanie Klein en 2009 [9] quien argumenta que la idealización surge como una defensa frente a la percepción de un objeto frustrante o persecutorio; advierte que se exageran los aspectos buenos creando un ideal que funciona como una salvaguarda contra el miedo a lo persecutorio o frustrante. La idealización está estrechamente ligada al mecanismo de escisión, que permite mantener separado al objeto bueno del malo, negando o evitando la presencia de la parte dañina o frustrante; además, señala que la tendencia a idealizar el objeto amoroso refleja también los deseos instintivos de lograr una gratificación ilimitada.

Esta dinámica puede llevar a una percepción distorsionada del otro, caracterizada por la proyección de atributos ideales que, en última instancia, pueden generar expectativas inalcanzables en el marco relacional.

Piera Aulagnier y el contrato narcisista en la transmisión de referentes socioculturales

Una pregunta sin duda importante para hacernos es: ¿por qué lo social-transgeneracional tiene una fuerza de tal magnitud que atrapa al individuo para seguir actuando en función de discursos establecidos? La respuesta nos la ofrece Piera Aulagnier en 2007 [10], quien sostiene que el niño crece en un entorno familiar, que es el lugar donde se constituye su subjetividad; en ese espacio el Yo adviene, pero este entorno está compuesto por la pareja parental y el niño, enfatizando la importancia de la influencia de la sociedad y la cultura en la que está inserta la pareja, y todo esto contribuye al desarrollo del psiquismo del niño.

Piera Aulagnier conceptualiza el "contrato narcisista" como un acuerdo de intercambio fundamental entre el individuo (el *infans*) y su grupo social, que abarca desde la familia hasta la sociedad en general. En este acuerdo:

- **El grupo social** anticipa y espera que el niño asuma de forma autónoma los referentes sociales perpetuando los discursos, valores y roles de sus antecesores. El propósito es asegurar la continuidad, estabilidad y permanencia de la identidad y destino del conjunto social a lo largo del tiempo. El grupo otorga reconocimiento al niño bajo la condición de que este conserve y reproduzca dichos enunciados.

- **El niño** se compromete a repetir fragmentos de los discursos del grupo, lo cual se convierte en un soporte esencial para el fortalecimiento de su desarrollo narcisista. A su vez, exigirá el derecho a ocupar un lugar independiente del juicio exclusivo de sus padres, buscará un modelo ideal que los demás no puedan rechazar y, mediante este proceso, el niño internaliza una sensación de inmortalidad al percibirse como portador de una continuidad que trasciende el tiempo.

Este acuerdo o contrato se realiza en una etapa previa, mediante una especie de preinvestidura o precatectización del niño por parte del grupo familiar. En dicha etapa, el grupo anticipa y proyecta en el niño un rol, un modelo ideal y un lugar que debe ocupar en la estructura social, asegurando que la identidad y el destino del conjunto social se mantengan estables y perduren en el tiempo.

Desde la perspectiva del niño, el contrato narcisista es un soporte crucial para el fortalecimiento de su autoestima y desarrollo narcisista. Al comprometerse a repetir fragmentos de los discursos y valores del grupo, el niño obtiene el reconocimiento de este, lo que le asegura un lugar y una identidad dentro de la estructura social.

Si bien este contrato es fundamental entre el individuo y el grupo social, también puede facilitar la asimilación de creencias y mitos tradicionales sobre el amor, la vida familiar y el tipo de vida adecuado para una mujer, así como roles de género que pueden llevar a relaciones asimétricas. Esto contribuye, de acuerdo a lo que se ha planteado a lo largo de este escrito, a que la mujer, al entrar en el "laberinto de la violencia patriarcal", tenga altas expectativas que la llevan a ceder autonomía y a adentrarse en la relación, sintiéndose luego confundida, extraviada y, finalmente, atrapada.

El cuento: La niña y el sapo

Los cuentos como historias aparentemente sencillas y destinadas en su mayoría a un público infantil despliegan narrativas que involucran y dan forma a ciertos acontecimientos de la complejidad humana, estos ofrecen un lenguaje simbólico que entretejen entre guiones imaginarios lo que dramatiza el posicionamiento subjetivo del individuo frente a su entorno social. Los relatos funcionan como objetos transicionales que posibilitan a los lectores indagar y abordar conflictos universales que son intrínsecos a la condición humana. Al respecto Schiavello en 2020 [11], menciona: "La identidad es básicamente una cuestión narrativa, y nuestra vida se organiza como una novela que conforma nuestra realidad psíquica" (133) [11].

Partiendo de estas ideas, se llevará a cabo un análisis de algunos segmentos del cuento de "La niña y el sapo" a través de los cuales se intentará desentrañar las capas de significación que subyacen el enganche en el inicio de la relación y los momentos cumbre, en los que se percibe la transformación que va sufriendo la niña, con la intención de ir tratando de reconocer las posibles tramas y simbolismos que anudan los afectos y conflictos que resuenan en ella.

El cuento la niña y el sapo [12], inicia con el encuentro de una niña que era muy feliz y le encantaba perseguir las mariposas, corriendo por los hermosos campos verdes donde vivía y el encuentro con un sapo enorme lleno de verrugas.

I. *¡Que asco! exclamó la niña, tapándose la boca.*

-Es posible que te dé asco, pero soy un príncipe encantado.

No puede ser -dijo la niña incrédula.

-Es verdad afirmó el sapo-. Una bruja me lanzó un hechizo. En realidad, soy un príncipe muy guapo, apuesto y rico. Si rompes el hechizo, me casaré contigo y viviremos felices. Cada día te llevaré en brazos y te regalaré flores y joyas...

-¿Cómo puedo romper el hechizo?-preguntó la niña.

-No será fácil. Me tienes que llevar a tu casa, cuidarme, darme de comer, dormir conmigo en tu camita, darme muchos besitos, sacarme a pasear, hasta que un día te despiertes y veas que me he convertido en un príncipe.

Entonces tu vida será como un cuento de hadas.

La niña escuchaba al sapo y ya no veía su piel llena de verrugas, sus ojos saltones y su boca babosa, solo veía a un joven guapo y apuesto, con cabello moreno y ojos verdes, también se veía a sí misma a su lado con un vestido blanco majestuoso, bailando en un castillo grande y lujoso.

El encuentro inicial entre la niña y el sapo, y el diálogo que se establece, da las bases de la relación, donde la promesa de un "príncipe encantado" transforma la percepción de la niña y puede analizarse desde 2 perspectivas, la psicología sistémica y el psicoanálisis.

Análisis del cuento desde la perspectiva sistémica: el laberinto de la violencia patriarcal

Desde el primer encuentro, la niña es seducida por la promesa del sapo de convertirse en un "príncipe guapo, apuesto y rico", ofreciéndole una vida de "cuento de hadas". Esta visión idílica activa la **fase de fascinación** del laberinto de la violencia patriarcal, donde las

altas expectativas amorosas y los ideales socialmente arraigados (como la imagen de un príncipe y un castillo lujoso) la llevan a ignorar la desagradable realidad del sapo.

- II. *A veces la niña lo miraba y le entraban ganas de echarlo a la calle para vivir como antes, pero luego empezaba a dudar y tenía miedo de equivocarse. «¿Y si falta poco?» ¿Y si mañana se despierta y el sapo se ha convertido en un príncipe con ojos verdes? Y ¿otra aprovecha lo que yo hice? Y ¿Si no encuentro a otro príncipe y me quedo sola?*

Con el tiempo, la niña empieza a sentir dudas, deseando "echarlo a la calle para vivir como antes", pero el miedo a "equivocarse" o a que "otra aproveche lo que yo hice" la paraliza. Este conflicto refleja la **fase de confusión y extravío** dentro del laberinto, donde la falta de bienestar la lleva a cuestionar sus decisiones y su valía, disminuyendo su autoestima.

- III. *Pasaron meses. Ya nadie la podía reconocer.*

Estaba hecha un desastre.

El sapo se hizo dueño de la casa y la niña se convirtió en su sirvienta.

Meses después, la transformación de la niña es drástica: "Ya nadie la podía reconocer. Estaba hecha un desastre. El sapo se hizo dueño de la casa y la niña se convirtió en su sirvienta". Este pasaje ilustra el avance al **segundo y tercer anillo del laberinto**, donde el aislamiento se intensifica, la independencia disminuye y la mujer adopta estrategias de sumisión para evitar la violencia, mientras el agresor ejerce un control total.

- IV. *-Estoy tan cansada del sapo, pero me da miedo de que, si lo echo de casa, perderé mi oportunidad de casarme con un príncipe.*

La hechicera empezó a hacer sus rituales mágicos y al día siguiente le dijo:

-Es solo un sapo. Nunca será un príncipe.

Es mejor que lo lles al campo.

La niña escuchó a la hechicera y se marchó. Estaba furiosa:

-¡Me tienen envidia! -exclamó enfadada. Claro, ¿quién no querría casarse con un verdadero príncipe? Estoy segura de que todos mis sacrificios no han sido en vano. Y la niña volvió con el sapo.

Finalmente, cuando una hechicera le revela la verdad ("Es solo un sapo. Nunca será un príncipe"), la reacción de la niña es de furia y negación: "¡Me tienen envidia! ... ¿quién no querría casarse con un verdadero príncipe? Estoy segura de que todos mis sacrificios no han sido en vano". Este acto la sitúa nuevamente en el inicio del laberinto, en la **fase de fascinación**, negando la realidad para mantener la esperanza del "príncipe".

Análisis del cuento desde la perspectiva psicoanalítica: amor romántico y contrato narcisista

El análisis del cuento "La niña y el sapo" permite profundizar, desde una perspectiva psicoanalítica, en los mecanismos inconscientes que pueden sostener la permanencia en relaciones violentas, más allá de su lectura sistémica. En este sentido, el relato no solo ilustra una secuencia de eventos en el vínculo, sino que pone en escena una lógica psíquica donde convergen **la idealización amorosa** y el **contrato narcisista** como organizadores del vínculo.

En el momento inaugural del encuentro, la transformación perceptiva de la niña en la que deja de ver al sapo, como sapo, para investirlo como "príncipe", da cuenta de un proceso de **idealización en el sentido freudiano**, ahí donde el objeto es elevado a la condición de ideal del yo. Esto implica una suspensión del juicio crítico y una sobrevaloración del objeto, lo cual permite sostener la promesa de completud. Así, el sapo no es amado por lo que es, sino por lo que representa para la niña, es decir, la posibilidad de acceder a una identidad ideal y a una vida "de cuento".

Este punto se articula con el **contrato narcisista** descrito por Piera Aulagnier, en tanto la niña reproduce los discursos sociales previamente internalizados que la orientan hacia la búsqueda de plenitud a través del amor. La promesa del sapo no es contingente, sino que encuentra resonancia en un discurso previo que le asigna a la mujer un lugar en el que su valor depende del reconocimiento amoroso. De este modo, la elección del objeto no es libre, sino que esta determinada por una anticipación social que define qué debe desearse.

En los momentos posteriores del relato, cuando emergen dudas y malestar, se observa la persistencia de la idealización a modo de defensa frente a la realidad que es frustrante. La fantasía de la transformación futura del sapo permite sostener el vínculo a pesar del sufrimiento, evidenciando un mecanismo de **desmentida**, donde la percepción de la reali-

dad es simultáneamente reconocida y negada. La niña sabe que el sapo no es un príncipe, pero actúa como si pudiera llegar a serlo.

Asimismo, el temor a la pérdida, el cual es expresado en frases como: “¿y si otra aprovecha lo que yo hice?”, revela la dimensión narcisista comprometida en la relación. **No se trata únicamente de perder al otro, sino de renunciar a un ideal.** En este punto, el vínculo violento se mantiene no solo por dependencia afectiva, sino por la imposibilidad de renunciar a la identidad ideal que el objeto encarna.

En la fase de mayor deterioro, donde la niña se convierte en “sirvienta”, puede leerse una **renuncia progresiva del yo en favor del objeto**, tal como lo plantea Freud en el enamoramiento extremo. El objeto concentra el valor y el yo se empobrece, y con ello, se instala una relación asimétrica donde la subjetividad queda subordinada. Esta dinámica permite comprender por qué la salida del vínculo resulta tan difícil, ya que **abandonar la relación implicaría una pérdida narcisista.**

Finalmente, ante la intervención de la hechicera, la reacción de la niña muestra un retorno a la idealización mediante la proyección (“me tienen envidia”) y la reafirmación de la fantasía. Este movimiento evidencia cómo el aparato psíquico **se reorganiza defensivamente para sostener la creencia**, incluso frente a la evidencia contraria. El cuento ilustra así el poder de los discursos internalizados y su articulación con los mecanismos inconscientes que perpetúan el vínculo.

Con todo, la lectura psicoanalítica permite comprender que la permanencia en la relación no responde únicamente a factores externos o relacionales, sino a una **estructura de investidura narcisista sostenida por la idealización y por los mandatos del contrato narcisista.** De esta manera, el “laberinto” no es solo social, sino también psíquico, o sea, un entramado donde deseo, fantasía y discurso se anudan, dificultando la salida del sujeto.

CONCLUSIÓN

En síntesis, el cuento muestra cómo la combinación de expectativas sociales sobre el amor romántico (contrato narcisista), la idealización del compañero y la negación de la realidad (mecanismos de defensa) atrapan a la niña en un ciclo de violencia (el laberinto patriarcal), dificultando enormemente su salida de la relación.

El texto vincula los preceptos de la psicología sistémica y el psicoanálisis al utilizarlos como dos perspectivas complementarias para analizar la permanencia de las mujeres en

relaciones violentas. Este trabajo no busca una fusión de ambas corrientes, sino que las emplea de manera complementaria para ofrecer una comprensión más rica y multifacética de la complejidad del fenómeno de la permanencia en relaciones violentas, donde los mecanismos intrapsíquicos relacionados con los constructos sociales internalizados (psicoanálisis) se entrelazan con las dinámicas relacionales descritas por la psicología sistémica.

Entonces, desde esta lectura integrada, se evidencia que la dificultad para salir de una relación violenta no puede comprenderse solamente como una elección individual o una falta de voluntad, sino como el resultado de un entramado psíquico, relacional y sociocultural que atrapa progresivamente a las mujeres debilitando su autonomía y su capacidad de decisión. Pero dicha dificultad para abandonar el vínculo no se trata de dependencia afectiva, sino que implica una pérdida narcisista, en tanto el objeto encarna una promesa de completud subjetiva. De este modo, el cuento evidencia que el “laberinto” no es únicamente patriarcal o sistémico, sino también intrapsíquico, donde la fantasía, el deseo y los discursos internalizados se articulan para sostener el lazo violento. Así el cuento analizado permite ilustrar (de forma simbólica) cómo estos dispositivos operan de manera silenciosa y persistente, normalizando la violencia bajo la promesa de amor y plenitud.

Finalmente, este análisis resalta la importancia de reconocer estos mecanismos tanto en el ámbito clínico como en el social, ya que solo a partir de su visibilización es posible abrir vías de intervención y prevención que no revictimicen a las mujeres, sino que les permitan reconstruir su subjetividad fuera del laberinto de la violencia. En este sentido, el uso de narrativas simbólicas como el cuento se presenta como una herramienta valiosa para comprender y cuestionar los discursos que sostienen la permanencia de mujeres en relaciones violentas.

BIBLIORAFÍA

- [1] BOSCH, E., FERRER, V. & ALZAMORA, A. (2006). El laberinto patriarcal. Reflexiones teóricas-prácticas sobre la violencia contra las mujeres. España Arthropos- Editorial.
- [2] ALEGRE, A. (2016). Una mirada sistémica sobre la violencia de género en la pareja: Del ámbito privado al ámbito social y de lo individual a lo familiar. Recuperado en: <https://www.avntf-evntf.com/wp-content/uploads/2016/11/AlegreAlmudenaTrab3online15.pdf>
- [3] FREUD, S. (1901-1905). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. O. C. 7. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

- [4] FREUD, S. (1920-1922). Psicología de las masas y análisis del yo. O. C. 18, Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- [5] PLATÓN (s.f.) El banquete. Obras clásicas de siempre. (obra original publicada en 427-347 A.C.) recuperado en: https://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/Colecciones/ObrasClasicas/_docs/El_banquete-Platon.pdf
- [6] BLEICHMAR, E D. (1997). La sexualidad femenina: de la niña a la mujer. Barcelona: Paidós.
- [7] MOLINA BAREA, M C. (2022). Trazar la falta: Lacan, la letra y El origen del mundo, Revista Humanidades, vol. 12, núm. 2. Universidad de Costa Rica. Disponible en: DOI: <https://doi.org/10.15517/h.v12i2.50957>
- [8] GARCÍA VÁZQUEZ O. (2018). Entendiendo el amor. Explicaciones sociológicas de la sobrevaloración del Amor Romántico. Trabajo fin de Grado de Sociología. Universidad de Salamanca.
- [9] KLEIN, M. (1952). Sobre la escisión en relación con la introyección y la proyección. O.C. Tomo 3. Barcelona: Paidós 2009.
- [10] CASTORIADIS- AULAGNIER, P. (2007). La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado. Buenos Aires: Amorrortu.
- [11] SCHIAVELLO, M (2020). La eficacia de los cuentos infantiles en la constitución psíquica del sujeto. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- [12] 20 Enero 2022. La niña y el sapo. Facebook CreeSer Psicología Integral.

